ANTONIO FERRER CODINA

TOREROS DE INVIERNO

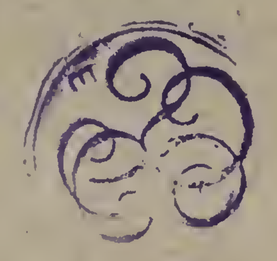
COMEDIA EN TRES ACTOS

VERSIÓN CASTELLANA

DE

RICARDO ESTRADA y LUIS VIOLA





BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

Calle de Mallorca, núm. 166

TOREROS DE INVIERNO

PRINTED IN SPAIN

ANTONIO FERRER CODINA

TOREROS DE INVIERNO

COMEDIA EN TRES ACTOS

VERSIÓN CASTELLANA

DE

RICARDO ESTRADA y LUIS VIOLA



BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

llevarla un toro antes de colgarla..., como si no diera lo mismo...

ANTONIA Ni mucho menos. A una bandera para ser gloriosa le falta el bautismo de sangre.

MERCEDES En eso opino lo mismo que mamá...

RAMON Bueno, pues... aprobado...

MERCEDES Lo sensible sería que fueras tú quien se llevó la que falta...

RAMON Otra vez...

MERCEDES La chica lo afirma.

RAMON Y yo lo niego. Alguien tiene que cargar con el mochuelo. Pero... ¿queréis decirme qué interés podía yo tener en llevarme la moña...?

MERCEDES Eso tú lo sabrás.

RIMON Tú que lo dices...

ANTONIA A lo mejor un obsequio a un amigo...

MERCEDES O amiga... Quién sabe...

RAMON Dale...

ANTONIA De los maridos ociosos hay que desconfiar, pero los que tienen ocupación y más si son artistas de nombradía, ya cuidan bien de no caer en semejante bajeza.

RAMON Oye, oye lo que dice tu madre...

MERCEDES Qué va a decir si siempre sale en defensa tuya.

RAMON Porque me conoce a fondo... ¿Verdad, mamaíta...?

MERCEDES Bueno, bueno... A ver si te parece bien así. *(Dando la taleguilla a Ramón.)*

ANTONIA Yo digo siempre lo que siento y tengo más experiencia que tú. Además, Ramón es bueno y nunca dió motivos para la más leve sospecha. *(Mercedes coge la*

taleguilla y la coloca en el respaldo del sofá.)

RAMON Y que lo diga usted.

MERCEDES Eso de marcharse de casa tan a menudo y siempre solo...

RAMON Solo, solo... Con tu imagen grabada en el corazón.

ANTONIA Tonta, pero si él te quiere mucho.

RAMON Más aún, te idolatro, y ciertas cosas no son para mi temperamento. Me ofenden tus injustificados recelos...

MERCEDES El caso es, que antes nunca tenías prisa para marcharte, y ahora creo que cuentas los minutos que te faltan para tomar el tren y para perderme de vista.

RAMON Yo..., pero qué dices, si siempre tienes que recordarme los compromisos reloj en mano.

MERCEDES Quien te siguiera los pasos...

RAMON Ves tú, es lo que yo quisiera... ¿Por qué no me acompañas...? Y usted también, mamaíta... anímese... anímese usted.

ANTONIA Nosotras de ninguna manera... No faltaba más...

MERCEDES Sobradamente sabes que no te acompañaremos nunca... Vaya un papelito tan lucido metidas entre tantos hombres...

ANTONIA Y además que no hay ningún torero de fama que vaya con su mujer cosida a los alamares.

MERCEDES Así estaría tranquila...

ANTONIA Bueno... ya está terminada..., qué tal..., qué te parece... *(Levantando la moña.)*

RAMON Divinamente.

ANTONIA No esperaría ir tan elegante el primer toro que tienes que matar mañana en Tarragona.

MERCEDES Claro...

RAMON Realmente es preciosa.

MERCEDES Y que lo digas...

ANTONIA ¡Ay, hija mía, y qué feliz fuiste casándote con un torero!

MERCEDES Papá no fué torero, pero fué empresario de toros, que viene a ser lo mismo.

RAMON Eso es, poco más o menos.

ANTONIA Fué empresario por insistencia mía, mas de lo uno a lo otro va mucha diferencia. Yo no anhelaba ciertamente un Lagartijo..., con uno como tu marido me hubiera dado por satisfecha.

RAMON Vaya por Dios... Ya me dió en mitad de la cabeza.

ANTONIA Yo... ¿Y por qué?

MERCEDES Sí, mamá; no quieras arreglarlo.

ANTONIA No intento arreglar nada, pues en mi concepto vale tanto un torero de invierno, como pudieron valer Espartero, Mazzantini, Guerrita y cuantos puedan figurar en la primera de todas las primeras filas.

MERCEDES Claro, como que todos los cuernos penetran lo mismo...

ANTONIA ¡Ay..., no hables de penetrar hija mía, no hagas volver a mi memoria la visión de aquella tarde...!

RAMON Bueno, bueno; dejemos eso...

ANTONIA Maldito cajón de gaseosas.

RAMON No decía yo... que beberíamos gaseosa.

MERCEDES ¡Pobrecito papá!

RAMON No podríamos cambiar el disco...

ANTONIA Qué momento más horrible.

RAMON Mamaíta, por Dios, si ya lo sabemos.

ANTONIA Cuántas veces apoyado en la barrera, le había sorprendido el toro al saltarla...,

pero él, que era esbelto y largo como un lapicero, en dos saltos se alejaba riéndose de la fiera y más de cuatro veces le habían aplaudido..., pero aquella tarde fatal...

MERCEDES ¡Pobre papaíto...!

ANTONIA Tropezó con el maldito cajón..., cayó de bruces y antes de poderse levantar y cuando todavía apoyaba las dos manos en el suelo para tomar impulso, llegó el otro por detrás.

MERCEDES *(A Ramón.)* Se refiere al toro...

RAMON Claro, y entonces...

ANTONIA Calla, calla, no me lo recuerdes. Ni que hubiera tomado la medida con un compás... Desde aquella tarde jamás he querido volver a los toros.

RAMON Pues sí que el recordar esta historia es para animar a cualquiera..., y muy a propósito en vísperas de torear.

MERCEDES ¡Ay, Ramón, cuando veo que expones tu vida, que dices que es mía, me dan ganas de pedirte que te cortes la coleta!

ANTONIA ¿Pero es que te has vuelto loca, Mercedes?

RAMON No te preocupes, que no siempre se tropieza...

ANTONIA Claro, con un toro de tan buena puntería.

MERCEDES Mira, antes era muy jovencita y me gustaban los relatos de tus proezas, aumentando mi delirio el entusiasmo de mamá; pero ahora, cada nueva corrida tengo más miedo, y hablándote con más claridad... miedo por muchas cosas..., ya puedes entenderme.

RAMON — Antes de que abrieras la boca...

ANTONIA — ¡Qué tonta eres...!

MERCEDES — Aquella moña desde que falta de casa, creo que la tengo clavada en la frente.

RAMON — Otra vez...

MERCEDES — Lo que te digo es que una vez terminados los compromisos adquiridos, ni quiero más toros, ni ser yo la toreada... Aquí, siempre en casa y cerquita de tu mujer.

RAMON — En seguidita...

ANTONIA — Pero y la gloria...

RAMON — Eso es casi nada..., la gloria, ¿sabes tú lo que es la gloria? Verse aclamado por las muchedumbres frenéticas de entusiasmo. Sacado en hombros de la plaza. Ensalzado por la prensa...

MERCEDES — Nunca nos has traído ningún periódico que se ocupe de ti...

RAMON — Lo impide mi modestia. Además, acuérdate que después de casados fuí yo quien quería dejar los toros, y tanto tú como tu madre no quisisteis ni tan siquiera discutir el asunto.

ANTONIA — La razón te sobra...

MERCEDES — Si hubiera tenido la experiencia de hoy... Pero nunca es tarde...

RAMON — De modo que ahora que tengo más afición y más facultades que nunca quieres que me retire... No..., eso no. Quítatelo de la cabeza...

MERCEDES — Otras cosas quisiera quitarme de la cabeza. En fin, ya hablaremos...

ANTONIA — Por mi parte no hay más que hablar Mi entusiasmo durará mientras viva Además, la mayor parte de nuestra fortuna es debida a los beneficios que pro-

porcionó a tu padre el ser empresario de toros, de manera que si no por afición, por agradecimiento tenemos que ser consecuentes en honor a su buena memoria.

MERCEDES Las consecuencias son lo que temo.

RAMON El toro que a mí quiera cogerme ha de nacer todavía...

ANTONIA ¿Oyes, Mercedes?

MERCEDES Sí, sí, acuérdese de papaíto...

RAMON No siempre se tropieza con un cajón de gaseosas, además que mi sitio está en el redondel y no detrás de la barrera.

MERCEDES Pero puedes tropezar con el toro.

RAMON ¿Y de qué me sirve la mano izquierda...?

ANTONIA Además, ya sabes lo que yo pretendo y hasta conseguirlo no hay que pensar en que se corte la coleta.

MERCEDES ¿Ves? Eso sí. A mí también me gustaría...

RAMON ¿Y qué es lo que te gustaría...?

ANTONIA No te preocupe, que sabiéndolo nosotras basta...

MERCEDES Voy a decírtelo. Mamá quiere tomar la plaza de Madrid para que des allí por lo menos una corrida... cueste lo que cueste...

RAMON Señora..., todo, todo lo que usted quiera... menos ponerme en ridículo.

ANTONIA En ridículo..., cuando allí todos confirman su nombradía... El cartel de Madrid, decía mi esposo que en paz descanse..., abre las plazas de todo el mundo...

RAMON Yo no soy un postinero, no me precisa que me den lo que ya tengo.

ANTONIA — Bien nos cuentas tus hazañas cada vez que vuelves de tus correrías.

MERCEDES — Eso sí que no puedes negarlo...

RAMON — Dale bola..., a vosotras os lo cuento porque sois de la familia.

ANTONIA — Y bien contaste a Alberto el entusiasmo con que te tiró el mantón de Manila aquella andaluza casada con un maquinista de Villanueva y Geltrú.

RAMON — ¿Y bien?

MERCEDES — Y luego ¿no le enseñaste también la media de seda que se quitó y te tiró con un billete de mil pesetas una viuda rusa en Figueras?

ANTONIA — Es cierto. Así como el susto que tuvieron los espectadores en Mataró, cuando el alcalde, loco de entusiasmo quería tirarte a su señora desde un palco...

RAMON — Pero Alberto es también como si fuera de la familia, y muy hombre para no ir pregonando por el pueblo mis triunfos. Además de que yo trabajo por afición y cuanto gano lo cedo a los establecimientos benéficos...

ANTONIA — En esto estamos conformes y ello aumenta la ilusión de que torees en Madrid, donde por lo menos te darán la cruz de beneficencia.

ESCENA II

Los mismos y ALBERTO, foro derecha

ALBERTO Señoras, a los pies de ustedes.

ANTONIA Llega usted a tiempo.

MERCEDES Sí, Alberto.

ALBERTO ¿Sigue usted bien, Mercedes...? ¿Y usted, doña Antonia...?

ANTONIA Pues aquí, regañando con Ramón...

ALBERTO ¿Cómo es eso?

RAMON Cosas de mamaíta, que deseosa de mi gloria, se encuentra con mi modestia que le sale al paso.

ALBERTO La modestia es buena hasta cierto punto...

MERCEDES Claro que sí...

ANTONIA ¿Y cuándo es la marcha...?

ALBERTO Hoy salgo para Barcelona y mañana seguiré para Madrid. Lléveme usted en su auto Ramón..., puesto que hemos de ir en el mismo tren...

RAMON Con mucho gusto...

ANTONIA Caben siete y no irán más que usted, Ramón y Mercedes...

ALBERTO Agradecido, doña Antonia, y aquí tiene usted la nota que me dió... *(A Ramón.)* Y para usted mi enhorabuena...

RAMON Para mí... ¿Y por qué...? *(Doña Antonia hace señas a Alberto para que calle.)*

Y usted, mamaíta, ¿quiere decirme a qué viene tanta mímica...?

ANTONIA Es que quiero que seas célebre, si no por ti, por mi hija y por mí, ya que por esto te concedí su mano...

RAMON Cuidado que va a ser una idea fija.

ALBERTO Yo ignoraba...

MERCEDES No te pongas tonto, que ya sabemos que te gusta. Ahí es nada ver tu nombre en los carteles de la Plaza de Madrid.

RAMON Dale...

ANTONIA Pues no faltaba más. Usted, Alberto, no deje de hacer cuanto tenemos convenido.

RAMON ¿Pero se puede saber qué es lo que tienen ustedes convenido y a qué viene entrometerle en estos asuntos...?

ALBERTO Pues conseguir el dar una corrida en la Plaza de Madrid, que por los altísimos méritos que en usted concurren y mis modestas influencias, no lo creo nada difícil.

MERCEDES Sí, maridito mío, ya que es la última temporada, por lo menos que dejes buen recuerdo.

RAMON Mejor es que quede yo que el recuerdo. Y a usted le advierto, que no haga más gestiones porque no iré.

ANTONIA Déjele usted. Lo haré poner en los periódicos de toda España y así no podrá evadir el compromiso.

RAMON Pero por Dios..., yo acabaré por volverme loco.

ALBERTO No veo el motivo...

RAMON Así, deles usted cuerda... Vaya, se acabó..., no toreo en Madrid... No soy ninguna eminencia.

ALBERTO Es usted muy modesto, puesto que según la nota que me entregó su señora mamá política, las orejas y los rabos no caben ya en la casa. A muchos con menos motivo, les han dado la alternativa y no hay derecho a que en la Universidad Central no gocen de su arte...

ANTONIA Seguramente hasta el Gobierno querrá conocerte.

ALBERTO Será su consagración...

RAMON Pues se acabó... No quiero... y todo será inútil. Yo mando en mí.

ANTONIA Ya veremos. En eso mando yo.

ESCENA III

Los mismos y el Sr. MIGUEL con ANTOÑITO de la mano por el foro derecha. Pronto un criado

(Antoñito viste traje de chulo muy exagerado. Es casi idiota. Siempre se acerca a su padre chupándose el dedo o comiendo churros de los que lleva un atadillo en el brazo.)

MIGUEL ¿Se puede pasar?

ANTONIA Adelante.

MIGUEL Antoñito, diles buenos días.

ANTOÑITO Buenos días.

RAMON ¿Quiénes son?

MERCEDES Son unos vecinos.

MIGUEL Buenos días. *(A Antoñito.)* No te chupes el dedo.

ANTOÑITO Buenos días.

MIGUEL Dales la mano. *(Antoñito lo hace.)*

MERCEDES ¿Quién le habrá engañado...? Pobre criatura.

ANTONIA Parece una máscara.

ALBERTO Hola, señor Miguel... ¿Usted por aquí?

MIGUEL Caramba, caramba... Si es don Alberto. ¿Y la señora y los nenes?

ALBERTO Aquí en el campo por unos días.

MIGUEL *(A doña Antonia.)* ¿Y ustedes pasan aquí todo el año?

ANTONIA Sí, como en vida de mi difunto.

MIGUEL ¿Su difunto también fué torero?

ANTONIA ¡Ay, no! No tuve esa suerte.

MIGUEL ¿Y qué tal, maestro..., porque usted será el maestro... el gran Cartujano...?

RAMON Servidor de usted.

MIGUEL Usted, usted y nadie más que usted, ha sido quien ha trastornado la cabeza a mi pobre chico...

RAMON ¿Yo...?

MIGUEL Y que ya no espero absolutamente nada de él..., vea, vea usted cómo viste... *(Todos contienen la risa.)*

ANTONIA Como en domingo de Carnaval...

MIGUEL Para que vea hasta el extremo a que ha llegado, ni quiere comer patatas.

RAMON, ANTONIA, MERCEDES ¿Patatas...?

ALBERTO El señor es el único fabricante de patatas fritas en Cataluña.

MIGUEL Sí, antes sólo las fabricaban en Madrid... Pero el caso es, volviendo al chico..., pero monín, deja el dedo, que estamos en visita...; nada, que no piensa en otra cosa que en el diablo de los toros y

no hay medio de sacar de él ningún provecho..., calcule usted, que tan pronto como se enteró de que tiene usted que dar una corrida en Madrid...

ANTOÑITO (*Bajito.*) Me lo dijo el hijo de la tía Elena.

RAMON ¿Quién se lo dijo...?

MIGUEL No sé..., quién te lo dijo..., habla más alto...

ANTOÑITO (*Avergonzado.*) El hijo de la tía Elena.

MIGUEL Su primo...

RAMON ¿Pero se puede saber quién es que va contando esa novela?

ANTONIA Si te enaltece... a qué molestarte.

MERCEDES Mira, la única forma de dar fin a que vayas de boca en boca, es que dejes para siempre los toros.

ANTONIA Pero ¿por qué...?

RAMON ¡Ah, no; eso nunca! Además, los toros de mañana son de muchas arrobas y luego dirían...

MERCEDES A ti no hay quien te entienda...

RAMON Son de una vacada de Salamanca. Bichos de gran poder.

ALBERTO Esta mañana decían que los habían cambiado por miuras y que los salmantinos quedaban para la segunda corrida.

RAMON Yo no dejo de torear ni a tiros...

MIGUEL Es inútil que le digan nada, en cuanto cogen la afición..., yo lo sé por éste...

ANTONIA Es que yo tampoco comprendo por qué motivo tiene que retirarse.

MIGUEL Y diga usted, señor Cartujano... ¿qué vamos a hacer con mi chico...?

RAMON Echelo al mar...

MIGUEL ¿Cómo, qué dice?

MERCEDES Ramón, por Dios...
ANTONIA No le haga usted caso. Son los nervios.
ANTOÑITO Yo quiero ir a casa...
MIGUEL Calla, imbécil...
RAMON Pero si es para volverse loco...
ANTONIA *(A Miguel.)* Vamos a ver, diga lo que desea usted.
MIGUEL Pues verá usted; como el chico me dice que si no le dejo ser torero se pegará un tiro, y como en la familia sólo quedamos él y yo...
ANTONIA Pues déjelo usted seguir sus aficiones... a lo mejor usted no sabe lo que tiene en casa..., que quiere ser torero... pues que sea torero...
MIGUEL Oigan en confianza... ¿no les parece que es una ocupación poco fina...?
MERCEDES Al contrario...
RAMON La ocupación poco fina es la de fabrica patatas fritas.
ALBERTO A los astros del toreo se los disputai las grandes damas y hasta almuerzai con los ministros.
MIGUEL Caramba..., caramba... Pues crean qu el chico tiene disposición. Figúrense s tiene, que aprovechó el que yo me mai chara a Manresa a comprar una noria.
RAMON Para él...
MIGUEL No, para mí. Mientras viva, todo e para mí...
RAMON Está en carácter.
MIGUEL Pues a mi regreso resultó que el sastı le había hecho este traje y no hay medi de que se lo quite.
ANTOÑITO Yo no...
MIGUEL Creo que ni para dormir se lo quita
ANTOÑITO Que no...

MIGUEL En la vecindad, no hay perro, cabra ni cordero que pueda estar tranquilo..., y ya no sé las veces que he tenido que acudir al juzgado por sus víctimas.

ANTONIA *(A Alberto.)* Parece una mona.

RAMON Inocentes.

ALBERTO La verdad es que tiene facha torera. A ver, anda un poco, Antoñito.

ANTOÑITO Voy. *(Da unos pasos a lo torero.)*

MIGUEL ¡Olé, olé, olé!

ANTOÑITO ¿Así?

MIGUEL Sí. *(Antoñito vuelve a su sitio.)* Olé, olé, olé.

ANTOÑITO Así. *(Parando en seco.)*

TODOS Muy bien. Bravo, bravo.

MIGUEL Y bien, maestro..., ¿me cobraría usted mucho por darle unas lecciones...?

RAMON ¿Y cómo quiere que le enseñe...? ¿Con qué...?

MERCEDES Lo mejor sería que te lo llevaras para la corrida de mañana...

ANTONIA Has tenido una gran idea...

RAMON Yo..., que me lo lleve yo...

MIGUEL Sería un favor muy grande... ¿Verdad que quieres ir, hijo mío...?

ANTOÑITO Ay, sí. Sí, sí..., sí.

MERCEDES Pero mi marido saldrá en seguida: en el primer tren.

RAMON Lo que más siento es que no tendrán tiempo suficiente...

MIGUEL Si vivimos cerquísima..., ya verá usted cómo volvemos en seguida...

RAMON Pero señor mío, ¿qué va a hacer su hijo conmigo?

MIGUEL Por el momento mirar...

ANTONIA Eso es...

ANTOÑITO Sólo mirar no quiero...

MIGUEL Ya te vigilará el maestro, porque tú eres muy atrevido.

RAMON ¿Y qué aprenderá mirando? ¿Es que usted cree que torear es lo mismo que fabricar patatas fritas o comer churros?

MERCEDES Mirará los primeros días..., después... *(A Antonia.)* Así tendré quien le vigile.

ANTONIA Ande usted, dese prisa que el tiempo vuela...

RAMON *(Nervioso.)* Bien..., pero...

ANTONIA *(A Mercedes.)* Hija mía..., eres digna de tu madre. Has tenido una gran idea... ¡Ah, si tu padre que en gloria esté te viera casada con un gran torero...!

RAMON Ay su madre... Y qué hago yo de este imbécil.

MIGUEL No precisa despedirnos, ¿verdad? Anda, hijo mío, di... muchas gracias, señor maestro y perdone la molestia.

ANTOÑITO *(Avergonzado.)* No sé...

RAMON ¿Pero usted no ha meditado que es una carrera llena de peligros..., que puede quedar desgraciado para toda la vida y hasta dejar el pellejo?

MIGUEL Que lo revienten..., ya le he hecho todas las reflexiones posibles.

ANTONIA Vean ustedes que el tiempo vuela...

MIGUEL Pues vámonos. Y hasta ahora. *(Vanse foro derecha.)*

MERCEDES Hasta en seguida.

CRIADO *(Por la izquierda.)* Si quieren repasar el equipaje del maestro...

MERCEDES Ponga usted esta taleguilla en el baúl, que vamos en seguida. ¿Quieres ayudarme, mamá? *(El criado toma la taleguilla que le da Mercedes y vase por la izquierda.)*

ANTONIA Sí. Se queda usted, Alberto...

ALBERTO Un momento nada más...

MERCEDES No se vaya usted que salimos en seguida...

ANTONIA ¡Ah...! A Ramón, diga lo que diga, no le haga usted caso.

ALBERTO Descuide usted, doña Antonia... *(Doña Antonia y Mercedes vanse por la izquierda.)*

ESCENA IV

RAMON y ALBERTO

RAMON Gracias a Dios... Al fin solos.

ALBERTO Eso lo he leído en varias novelas...

RAMON Sí, para novelas estamos. Siéntese usted y escuche...

ALBERTO Veamos lo que tiene usted que decirme...

RAMON Ya puede usted suponerlo. Que no me dé usted el disgusto de satisfacer el extraño capricho de mi señora mamá política.

ALBERTO No puedo en manera alguna atender su súplica, puesto que aunque lastime una modestia que le honra, es un asunto que le enaltece y puede colocarle en el pináculo de la gloria.

RAMON Pues se equivoca usted, me denigra y puede colocarme en el suelo. Asómbrese usted... ¡Yo no soy torero...!

ALBERTO ¿Que no es usted torero...?

RAMON — Ni soy torero ni nunca he sentido afición por los toros...

ALBERTO — ¿Pero usted no es el Cartujano...?

RAMON — No hombre, no, Cartujano es el nombre del caballo de un amigo mío.

ALBERTO — Pero seguramente existe el auténtico Cartujano.

RAMON — ¿El auténtico? No; sería mucha casualidad...

ALBERTO — Yo no soy aficionado a toros, pero creo haber leído ese nombre en la reseña de una novillada que se dió hace pocos días en Zaragoza.

RAMON — ¿De veras...? Vaya un lío...

ALBERTO — Puedo haberme equivocado. De manera que usted no es torero. Realmente me sorprendía que fuera torero de los que llaman de invierno, con la brillante posición que usted tiene.

RAMON — Claro, y considere usted mi alarma al ver que iba a descubrirse todo. Figúrese usted, la suegra por lo menos me echa a la calle...

ALBERTO — Por mi parte, puede usted estar tranquilo... ¿Pero cómo demonios se le ocurrió fingirse nada menos que torero...?

RAMON — ¡Ah, amigo mío...! La suegra, la suegra fué quien tuvo la culpa de todo, no hay ningún aficionado tan loco por los cuernos como ella.

ALBERTO — Tiene usted razón. No sabe hablar de otra cosa.

RAMON — Pues va de historia... Ya pronto cumplirán cinco años que nos encontrábamos en San Hilario, donde yo procuraba combatir una afección del estómago debida a un ayuno prolongado por falta de re-

cursos. Doña Antonia, acompañada de Mercedes, iba a tomar diariamente el agua al Manantial número uno, que cura del mal de piedra. Allí me enteraron de que eran millonarias o poco menos y que tenían un verdadero delirio por los toreros, hasta el extremo de que doña Antonia decía, que si un torero le pedía la mano de su hija, se la concedería inmediatamente sin preocuparse de pedir informes.

ALBERTO Ya voy comprendiendo...

RAMON Calcule usted, amigo Alberto, que yo estaba cesante y que Mercedes me gustaba muchísimo más que ahora.

ALBERTO Natural.

RAMON Fragüé un plan que me dió excelentes e inmediatos resultados. Una tarde, en el Manantial me preguntó la mamá por la dolencia que me aquejaba, y yo, con todo el aplomo del que se ve obligado a jugárselo todo de un golpe, le contesté que iba a reforzarme el hígado y los riñones, cosas imprescindibles en un buen torero, ya que en una reciente novillada, un morlaco se había llevado en su cornamenta parte de esos preciosos adminículos. No dije corrida de toros, para darle mayor verosimilitud y al mismo tiempo hacer más difícil la comprobación...

ALBERTO Y claro...

RAMON El éxito fué completo. Me preguntaron por mi apodo y en el acto me acordé del caballo de mi amigo. Me ofrecieron su casa, y todas las noches, madre e hija me obligaban a relatar detalles de mi

accidentada carrera, que una y otra escuchaban embelesadas y con el mismo interés que Desdémona oía de los labios de Otelo el relato de sus victorias contra los turcos. Tanto, que si no me anticipo, son ellas las que piden mi mano. Para terminar, antes de cumplirse tres meses de nuestro casual conocimiento, ya estaba instalado en esta su casa, en plena luna de miel y con todo el dinero que quería.

ALBERTO Vamos, victoria completa...

RAMON Completa no... Porque yo calculaba que una vez casados, no querrían que siguiera tan peligrosa profesión y que podría, como quien dice, cortarme la coleta...

ALBERTO Y bien...

RAMON Nada, que por poco me cortan los alimentos en plena luna de miel.

ALBERTO Sí que es gracioso...

RAMON Graciosísimo... Calcule usted que a la primera indicación mía de retirarme de los toros, se opusieron con tanta tenacidad y especialmente doña Antonia, que para no infundir sospechas, no me quedó más recurso que salir por la tangente, diciendo que si ponía mi arte y la gloria a los pies de mi amor, era para demostrar que en la reina de mi corazón compendiaba todas las ilusiones de mi vida.

ALBERTO Bravísimo... Castelariano...

RAMON Bueno, pues no les convenció el parrafito y para seguir la comedia, todos los años he salido una temporada, simulando que iba a torear por varias plazas de España, y lo que hacía era quedarme

en Barcelona, para regresar luego a casita cargado de trofeos, que compraba a un mono sabio, el cual se entendía con uno del matadero para los rabos y orejas...

ALBERTO Bueno... ¿Y por qué no da usted fin a la comedia ahora que se lo pide su señora...?

RAMON A buena hora... Entonces, en los primeros días de casados era la ocasión..., pero después... después vinieron las indispensables complicaciones.

ALBERTO ¿Pero es que hay más todavía...?

RAMON Hace dos años que, por una de tantas coincidencias de la vida, conocí a una modista de sombreros... Y ya comprenderá usted que en algo había de pasar el rato...

ALBERTO Sí, naturalmente..., otro nuevo sacrificio.

RAMON Todo por no haber querido que a su tiempo me cortara la coleta. Crea usted que lo lamento sinceramente... Comprendo que no está nada bien..., pero... póngase usted en mi lugar...

ALBERTO Ni una palabra más..., la razón le sobra, y oiga usted, ¿sabe la modista que es usted casado...?

RAMON Ni mucho menos. Es una muñequita celestial que me costó lo indecible el conquistarla, y todavía no puedo ir a su casa, de lo cual me alegro, porque dice que tiene una madre que es una pantera y con más bigotes que un guardia civil...

ALBERTO ¿Entonces no entra usted en la fortaleza?

RAMON No. Por ahora vamos de guerrilla.

ALBERTO ¿Y cómo justifica usted las prolongadas ausencias a su novia?

RAMON Lo mismo que en casa. Cartujano soy para mi señora y Cartujano soy para Paulina.

ALBERTO ¿Se llama Paulina...?

RAMON Paulina.

ALBERTO Y torea usted medio año a cada una... No está mal... ¿Y también le regala trofeos a Paulina...?

RAMON El último viaje le llevé la moña que falta en esa pared, pensando cargar con el mochuelo a la criada, pero mi señora se ha escamado y desde que falta, como moña a todas horas.

ALBERTO Vaya, vaya con el Cartujano. Espero que me presentará usted a su Paulina.

RAMON Con mucho gusto... ¿Pero usted no sale para Madrid...?

ALBERTO Yo me quedaré en Barcelona.

RAMON Así la corrida que tenía que prepararme...

ALBERTO Buena, gracias...

RAMON De modo que mi confesión ha sido gratuita...

ALBERTO No le pese. Porque cuando usted me presente a Paulina, yo le presentaré a Susana.

RAMON ¡Pero Alberto, usted también...!

ALBERTO ¿Y por qué no...?

RAMON Pero amigo Alberto, usted sí que no tiene atenuantes.

ALBERTO Pero entro en su casa. No tengo que ir de guerrilla como usted. Por cierto que también tiene una madre que en las cosas que llaman de honor, es una pantera... Y en cuanto a bigotes... Un día

se enteró de que estuve en Tarragona a ver a una tal Lucrecia, y si no es por la chica, me estrangula.

RAMON ¿La chica tiene padre?

ALBERTO No, pero tiene un tío que es portero del cementerio...

RAMON Pues cuidado, Alberto...

ALBERTO Bueno, ¿y dónde nos citamos para que mañana tengan lugar las presentaciones...?

RAMON Ya está..., una gran idea... Mañana almorzaremos los cuatro en el Restaurant Eléctrico de las Planas.

ALBERTO Magnífico... Pero oiga usted, ¿qué haremos del hijo del fabricante de papas fritas?

RAMON De eso me encargo yo... En llegando a Barcelona lo mando a comprar tabaco...

ALBERTO Muy bien.

RAMON Y a mi regreso diré que se ha perdido. Que le anuncie su padre en los periódicos y así darán con él en seguida.

ALBERTO Claro, las señas son mortales... Qué juergazo, qué juergazo, Ramón. ¡Y qué días más deliciosos nos esperan...!

RAMON ¡Y qué noches...!

ALBERTO Chitón..., que vuelve su señora.

ESCENA V

Los mismos y MERCEDES por la izquierda

RAMON (*Levantando la voz.*) Bien, hombre, bien, ya que ellas y usted muestran tanto empeño, acepto lo de la corrida de Madrid y no se hable más del asunto.

MERCEDES Así, así me gusta, que seas razonable...

ALBERTO Bastante me ha costado convencerle..., pero el tiempo vuela y tengo todavía que arreglar la maleta.

MERCEDES Pues ande, ande usted, dese prisa...

ALBERTO Hago como los de las patatas, no me despido.

MERCEDES Hasta ahora...

ALBERTO Adiós. (*Sale por el foro derecha.*)

RAMON Adiós, Alberto.

ESCENA VI

RAMON, MERCEDES, a poco Doña ANTONIA y el AMERICANO, foro derecha

RAMON (*Exageradamente cariñoso.*) Y qué tal, qué tal, vida mía...

MERCEDES ¡Ay, hijo, cómo estás..., qué tierno...!

RAMON Ves..., no sé cómo tenerte contenta...

MERCEDES Porque comprendo que tu alegría es

sólo por acercarse la hora de partir... ¿Acierto, verdad...?

RAMON — Pues te equivocas por completo. Esta alegría es fingida. Es solo para disimular la pena que me corroe el alma.

MERCEDES — Me gustaría creerlo. Pero en esos ojos...

RAMON — Veamos qué es lo que ves en mis ojos...

MERCEDES — Que parece me estén diciendo: ¡Qué cándida eres...!

RAMON — Cuidado que tienes unas cosas...

MERCEDES — Bien, bien; aprovéchate, no seas tonto, que esta será la última temporada.

RAMON — Otra vez... *(Rumores foro derecha.)* Alguien viene... *(Doña Antonia, muy contenta y muy amable. Americano con traje de torero elegante, con la chaqueta y el chaleco de un color muy vivo y pantalón negro, bastón con gran puño de marfil, descomunal cadena de oro. Habla con tonillo americano.)*

ANTONIA — Pase..., pase usted, haga el favor...

AMERI. — Agradeciendo.

RAMON — Dios mío, ¿quién será ése...?

ANTONIA — Ramón, preguntan por ti...

RAMON — ¿Por mí? *(Americano se quita el sombrero y avanza hacia Ramón pausadamente.)*

ANTONIA — Acerca una silla, Mercedes... Date prisa, mujer...

MERCEDES — En seguida, mamá...

ANTONIA — Haga el favor del sombrero. *(Se lo quita de las manos y después de admirarlo lo coloca cuidadosamente en una silla.)*

AMERI. — No... señora..., en fin, da lo mismo... Salud, maestro...

RAMON — Salud...

MERCEDES ¿Quién es...?

ANTONIA No lo ves, un torero...

AMERI. Esto es un palacio. Vaya una quinta preciosa, maestro... y vaya chiche.

ANTONIA ¿Cómo?

AMERI. Chiche..., es... es lujo, señora... allá en Chile.

MERCEDES Parece de los de primera fila.

ANTONIA ¿Será Belmonte?

AMERI. Usted, maestro, ya comprenderá quién soy, por el tonillo que se me ha pegado de estar tantos años por América. El deje no se deja...

RAMON Claro, no faltaba más, en seguida le he conocido. ¿Quién es? *(A doña Antonia.)*

ANTONIA Belmonte.

AMERI. Tres días van que llegué a Barcelona, conforme le notificaba en mi carta contestación.

RAMON ¡Ah... sí...!

ANTONIA Quiere usted tomar algo..., una copita.

AMERI. Vengan copitas aunque me pongan peneque... ¡Cupay...!

ANTONIA Anda, Mercedes. *(Vase Mercedes por la izquierda.)*

AMERI. Perdonen, peneque es ponerse así algo alegrillo, y cupay... es como decir... ¡Diablo...! ¡Demonio...! Por lo demás en América, es una falta muy grave el no aceptar a la primera oferta, y en seguida sale el macanudo ché..., mándate mudar y bota biche, y lo que no se toma de buen grado, hay que tomarlo a la fuerza para evitar disgustos. La gente de por allí es muy chachalaca, vaya... locuaz..., eso es, muy locuaz...

RAMON — Vaya, vaya con los americanitos...

AMERI. — Y le dicen a uno bastantes cosas feas. y hasta se meten con la familia... Menos mal que eso allí no tiene importancia.

ANTONIA — Pues a mí no me gustaría.

AMERI. — Pues señor... a lo nuestro... Yo si tengo el honor de encontrarme aquí entre ustedes, es por pura casualidad... Vine a Lérida por si encontraba un bullarenguero que cierto día que empiné la bajirita, el muy sinvergonzón me quitó una faja de seda, regalo de una princesa austriaca allá en Montevideo. Al pasearme por la campaña, me llamó la atención un rótulo que decía *Fábrica de patatas fritas*... ¡Cupay....!, me dije yo..., aquí están más adelantados que en América, que todavía pierden el tiempo cultivando chanchas... Entré... y fuí recibido, mejor, mucho mejor... que después de mis mejores éxitos en el anillo..., vaya... en el redondel.

ANTONIA — ¡Ah, ya!

AMERI. — Nada, que de tantas amabilidades, tuve que salir sin ver la fábrica, pero con la inmensa alegría de saber que el maestro se encontraba aquí...

ANTONIA — Cosas de don Miguel y su hijo...

RAMON — ¡Ay su madre...!

AMERI. — De forma que mañana toreamos juntos, maestro...

RAMON — Bueno, lo que usted quiera...

AMERI. — Cómo no... amigaso, si quedamos conformes por correspondencia...

RAMON — Pues no hay más que hablar. Palabra es palabra...

ANTONIA *(A Ramón.)* En qué quedamos... es o no es Belmonte...

RAMON No, por Dios, mamaíta... Oiga, amigaso... ¿su nombre que no recuerdo?

AMERI. Pero no leyó usted mi carta... A mí, ¡cupay!, me conocen por el Americano... Aunque mis padres nacieron en Santa Perpetua de la Moguda y un servidor en San Sadurní de Noya, provincia de Tarragona.

ANTONIA ¡Demonio de Americàno!

RAMON ¡Ah... sí, el gran Americano...!

AMERI. Indalecio Cascajo, alias *Americano*, antes Engrudillo, porque mi padre era el que pegaba por las esquinas los carteles de toros y les dió por llamarle Engrudo.

RAMON Es natural.

AMERI. Indalecio me llamo, porque mi padrino bautismal y de toros, es el gran Indalecio de la Carne, que allá en Tarragona corta ternera y es actualmente empresario de la Plaza de Toros.

RAMON ¡Caramba..., caramba...! *(Aparte.)* Pues sí que la cosa se complica...

AMERI. Pero le digo, maestro, que no fué poco el disgusto que tuvo el Barquillero cuando le dije que me iba para unirme a la cuadrilla que usted formaba.

RAMON *(Aparte.)* Ya no hay duda, Alberto tiene razón. Existe el verdadero Cartujano. *(Mercedes con bandeja, botella de Jerez y copa, que deja en el velador y le sirve.)*

MERCEDES A ver què le parece a usted este vinillo...

RAMON La tempestad avanza.

AMERI. *(Cogiendo la copa.)* Pues nada, que mi

amigaso el Barquillero no quería que le dejara... Me echó los brazos al cuello, y al cabo de media hora, rompió a llorar como una Magdalena.

ANTONIA ¿Y quién es el Barquillero...?

AMERI. ¿Qué quién es el Barquillero...? ¡Oiga, maestro...!

RAMON El Barquillero... ¿pero usted no sabe quién es el Barquillero...?

ANTONIA Yo no, pobre de mí...

AMERI. ¿Y usted, señorita...?

MERCEDES Tampoco.

RAMON El Barquillero..., nada menos que el Barquillero.

AMERI. Un torero con muchísima sangre... ¿verdad, maestro...?

RAMON Mucha, mucha sangre...

AMERI. De arte no tiene mucho...

RAMON No, de arte no...

AMERI. Pero sus piernas valen un mundo.

RAMON Uno..., los dos por lo menos.

AMERI. *(Con creciente entusiasmo.)* Y se atraca de toro...

ANTONIA A nosotras también nos gusta mucho estofado.

AMERI. Lástima que no sepa salirse de la suerte.

MERCEDES Y que le acompañe siempre... pobre hombre...

AMERI. Ni sabe recibir.

RAMON Nunca recibe.

ANTONIA ¿A nadie...?

AMERI. Que no mata esperando a la fiera, ¡cupay!

RAMON Eso..., eso...

AMERI. *(Después de apurar el contenido de la copa.)* Exquisito. Muchas gracias...

MERCEDES (*Coge la copa, recoge el servicio y sale izquierda.*) No las merece...

ANTONIA ¿Le gusta este jerez...? Tenemos también ron delicioso, pero hemos creído más adecuado a sus gustos el vinillo.

AMERI. Sí, claro ¡cupay!, para ron allá en Jamaica que es un islote frente a Cuba. Allí dimos una corrida, y recuerdo que después de un volapié fenomenal que no precisó la puntilla para nada, fué tal la ovación, que en lugar de darme la oreja, me mandaron el toro al hotel. Por cierto que de otro de los bichos recibí un puntazo en la espalda, que por poco no lo cuento.

ANTONIA ¡Qué lástima!

AMERI. Pero me sacaron en hombros de la plaza y el presidente, que era un negro, me hizo subir al palco y me abrazó, cayéndole unas lágrimas como puños.

RAMON Vaya éxito...

ANTONIA ¿Será usted muy conocido, verdad...?

AMERI. No quiero exagerar, pero en la Plata, que es una ciudad muy moderna, no sabían dónde meterme.

RAMON (*Aparte.*) Yo sí lo hubiera sabido... ¡Ladrón!

AMERI. Una tarde que les hice un quiebro de rodillas, sentado en el suelo, arrebaté tanto, que hasta me echaron un crío y fué tal el entusiasmo, que hasta el mismísimo gobernador quiso conocerme, y al estrecharme la mano, diciéndome: «Americano, eres un gran torero», no pudo contener el llanto y además, su señora quiso curarme un puntazo que recibí en la espalda... y mientras me

ponía algodón con árnica, mucha árnica, sus lágrimas como ricas perlas, resbalaban continuamente por mi espalda. Daba pena verla.

AMON — *(Impaciente.)* Vaya, pues me alegro muchísimo, así quedamos conformes y no hay más que hablar.

MERI. — Y al despedirme... Toda, toda la cuadrilla vino a bordo como si se marchara un gran personaje, sin faltar ni empresarios, ni contratistas de caballos, ni monos sabios, ni porteros, en fin, todos estuvieron allí, acompañados de toda la población hasta que zarpó el buque, y tan pronto se dieron cuenta de que me alejaba... ¡cupay...!

AMON — Todos lloraron...

MERI. — ¿Lo supo usted?

AMON — No, pero lo supongo.

MERI. — Fué un momento enternecedor, hasta el punto que todo el pasaje y gente de a bordo lloraban como chiquillos.

AMON — Nada, un temporal de lágrimas...

NTONIA — Y hablando de otro asunto. ¿Usted seguramente querrá tomar el primer tren?

AMON — Claro, y que no puede entretenerse.

NTONIA — Lo mejor es que se marche con vosotros. Irá a la estación en nuestro auto.

AMON — No, porque quizá tenga algo que hacer y por mí no quiero que se perjudique.

MERI. — Nada, nada, agradeciendo y acepto. ¿Tiene un tabaco, maestro? ¡Cupay!, siento chipear, molestar que diga...

NTONIA — Al contrario... Voy por un habano. *(Mutis izquierda.)*

MERI. — Agradeciendo.

ESCENA VII

RAMON, AMERICANO y al poco Doña ANTONIA por la izquierda

RAMON ¿Y qué hago yo con éste? Siento calentura...

AMERI. ¿Conque contrató usted la cuadrilla del Patatero para estas dos corridas...?

RAMON ¿Quién, yo...? ¡Ah, sí...! *(Aparte.)* Sigamos la corriente.

AMERI. ¿Son los que estuvieron tanto tiempo en Portugal, verdad...?

RAMON Sí, creo que sí...

AMERI. Así usted todavía no conoce a los muchachos... Bueno, usted sabrá lo que le conviene...

RAMON Claro...

AMERI. Y dígame, ¿habrá llegado reciente de Zaragoza, verdad...?

RAMON ¿Quién, el Patatero...?

AMERI. Cupay..., usted.

RAMON ¿Yo...? ¡Ah... sí..., hace ocho días...!

AMERI. Y dígame, dígame, ¿de quién es el ganado de mañana? En Barcelona vi los carteles, pero no me fijé en la ganadería.

RAMON Carteles... Ganadería...

AMERI. ¡Cupay...!, qué distraído está el maestro. Pues los carteles y la ganadería de las corridas que daremos mañana y pasado en Tarragona...

RAMON ¡Ah, sí, en Tarragona...! Pues no recuerdo.

AMERI. Lo contento que se va a poner mi padrino, después de diez años sin verme.

RAMON ¡Ah, el padrino...! ¿Y quién es el padrino...?

AMERI. Quién ha de ser... Indalecio, el de la Carne, el empresario... ¡Cupay...! Vaya moña..., es una preciosidad...

RAMON La lucirá el primer toro de mañana...

ANTONIA *(Por la izquierda con dos puros.)* Ahí van, a ver qué les parecen.

AMERI. Con los habanos ya nos conocemos... chichinan, vaya... que arden bien... *(Enciende dos cerillas dando una a Ramón.)*

ANTONIA Dice Mercedes que te aguarda para cerrar la maleta...

RAMON Allá voy. Hasta ahora, amigaso. *(Sale izquierda.)*

ESCENA VIII

Doña ANTONIA, AMERICANO y al poco un Criado por la izquierda

ANTONIA Caramba... Caramba...

AMERI. ¿Decía usted...?

ANTONIA Pues decía, Caramba... Caramba...

AMERI. ¡Ah! ¿Y qué tal sigue el maestro del último encontronazo, vaya... de la última... cogida...?

ANTONIA ¿Cogida...?

AMERI. Sí, la de Valladolid. Yo me enteré en Costa Rica.

ANTONIA No nos ha dicho nada. Sólo nos cuenta lo bueno. Será capaz de callarse aunque un toro le mate.

AMERI. Yo últimamente recibí un fuerte varetazo en la espalda que me costó visitar la enfermería.

ANTONIA Yo no sé de otra cogida, que una cornada que recibió en la Plaza de Valencia..., pero sin importancia.

AMERI. Menos mal. Pues yo recibí una cornada en la espalda, precisamente allá en Rosario de Santa Fe, sólo que el pitón se astilló contra el hueso de la última costilla.

ANTONIA Pues sí que le han pegado los toros...

AMERI. Ni yo mismo lo sé. Tres días antes de embarcar allá en Colombia, un berrendo ojo de perdiz de mucha cornamenta, fué por mí y por estar el Barquillero al quite sólo me encunó, pero el topetazo fué tan fuerte, que casi todavía no puedo sentarme.

ANTONIA ¡Pobrecillo! ¿Y dónde le dió...?

AMERI. Al final de la espalda. Yo no le gasto cumplidos al toro y cuando veo la cosa mal parada, le planto la espalda por las narices. Como que es lo más sufrido de la persona.

ANTONIA Ay..., a mi marido le salió muy mal...

AMERI. Es que tengo la carne muy dura. ¡Ah...! Y no le cuento los botellazos, naranjazos... y otras menudencias que me han tirado.

ANTONIA ¡Jesús...!

AMERI. En ciertas partes de la Argentina los

hay muy brutos. Un día desde un tendido de sol, me dispararon un tiro...

ANTONIA Pues sí que...

AMERI. Pero en fin, dejemos este asunto, que no me gusta darme postín, y hablemos de cosas alegres. ¿Cuándo casamos al maestro?

ANTONIA *(Ríe.)* Qué bromista...

AMERI. No disimule usted, porque me lo ha dicho la misma interesada... La Lola que mañana estará también en Tarragona, en el Hotel París.

ANTONIA Usted lo ha soñado..., si está casado con mi hija... Es mi yerno...

AMERI. Como la llama a usted mamá...

ANTONIA Cómo va a llamarme el marido de mi hija...

AMERI. ¡Cupay!, metí la pata..., lo siento, señora.

ANTONIA Qué infamia, por favor, diga, dígame usted que no es verdad...

AMERI. Señora, yo le diré lo que quiera, pero no me comprometa.

ANTONIA Farsante..., por algo no quería cortarse la coleta...

AMERI. Claro... cualquiera se la corta..., a lo mejor es un voto...

ANTONIA Pero le juro que me las paga... Una Lola..., nada menos que una Lola...

AMERI. Por Dios, señora, considere usted...

ANTONIA No considero nada.

AMERI. Señora... señora mía..., atienda a mis súplicas y no me estropee los alimentos de la familia... ¡Cupay! ¡Siempre me pierde la chachalaca!

ANTONIA No, no tema usted nada. Ni mi hija ha de saberlo... ¿Conque dice usted que

la tal Lola estará mañana en el Hotel París...?

AMERI. Es natural, y él no sabe nada porque la tal Lola querrá darle una sorpresa...

ANTONIA Yo sí que voy a dársela..., y que no vuelvo a casa sin su moño.

AMERI. Tendré que avisarla...

ANTONIA ¿Qué, qué dice usted...?

AMERI. Nada, señora..., que la razón le sobra...

ANTONIA *(Toca el timbre.)* Infame... Indecente.

AMERI. Lo mejor sería no darle importancia..., tal vez sea un inocente pasatiempo como tantos otros que tendrá el maestro..., se entiende bien, siempre sin ánimo de ofenderlas...

ANTONIA Calle, calle usted, por Dios. ¿Y la moral, diga, dónde me deja usted la moral...?

CRIADO *(Izquierda.)* ¿Llamaba la señora...?

ANTONIA Sí, dile a María que también arregle una maleta para nosotras...

CRIADO Está muy bien, señora.

ANTONIA Oiga... ¿Y el chófer?

CRIADO Ya tiene el auto a la puerta.

ANTONIA Está bien... Retírese... Lo que es esta moña si no se la pinta... *(Quita la moña de la mesa dejándola en una silla.)* Y ahora soy yo quien le dice a usted... que ni una palabra... Y perdone que le deje solo... *(Al salir se encuentra con Ramón que entra izquierda con maletín y gabán al brazo.)*

ESCENA IX

AMON, AMERICANO, Doña ANTONIA y al poco ALBERTO foro derecha

AMON Mamaíta, ¿dónde va usted tan de prisa...?

NTONIA *(Disimulando.)* ¿A que no lo aciertas...? Voy a prepararte una sorpresa que te gustará extraordinariamente..., aguarda, ya verás, ya verás. *(Vase izquierda.)*

AMON Menos mal. De éste ya he pensado cómo desprenderme. ¡Ay, mi madre!, lo que es la juerga de Las Planas la he visto en peligro...

MERI. Qué, ¿ya está preparado el maestro...?

AMON Sí, dentro de dos minutos marchamos...

LBERTO *(Foro derecha, con gabán al brazo y maletín.)* Cuando usted quiera, Ramón...

AMON Hola, Alberto..., pronto saldrá Mercedes... y en marcha..., camino de la gloria...

LBERTO Oiga, ¿y quién es ese... as de bastos...?

AMON Un imbécil...

LBERTO ¿Y va también con nosotros...?

AMON Acompañará al estanco al de las papas fritas. Alberto, mi compañero el Americano. Un gran torero.

MERI. Agradeciendo, maestro.

AMON Mi amigo Alberto.

LBERTO Tanto gusto.

ESCENA X

Los mismos, Señor MIGUEL y ANTOÑITO, foro derecha

(Pronto criado izquierda que con do maletas se va por el foro derecha. Des pués Mercedes izquierda.)

MIGUEL — Bueno, ya estamos aquí, señores, bue nos días.

RAMON — Tomen asiento.

MIGUEL — Gracias. Hola, don Alberto.

ALBERTO — Ya lo ve usted, a punto de marcha.

AMERI. — ¿Y la moña...? ¡Ah, está allí! *(La coge.*

MIGUEL — He dicho al encargado de la fábric que tardaría unos días en volver. Ve rán ustedes, he decidido que por lo qu pudiera tronar, era mucho mejor qu les acompañara.

RAMON — *(A Alberto.)* ¿Tronar...? Una lluvia d fuego, un volcán en erupción, el des bordamiento del mar, un terremoto qu lo hunda todo, es lo que hace falta. *(Pasa el criado con las dos maletas.)*

ALBERTO — Sí. La cosa se pone grave...

MERCEDES — *(Izquierda con gabardina o guardapolv y sombrero.)* Oye tú, Ramón... ¿Qu dice mamá, que nosotras también vamo a Tarragona?

ALBERTO — Ni Santa Bárbara nos salva...

RAMON — ¿Pero es que estáis locas...?

ALBERTO — El torpedo dió en el centro de la m quina... Adiós contrabando...

ANTONIA (*Izquierda con gabardina o guardapolvo y sombrero.)* Ya estamos todos. En marcha, señores...

RAMON ¿Pero es en serio...?

ANTONIA Anda y no disimules... que veo la alegría en tus ojos...

AMERI. Pues andando... ¡Cupay...!, que es tarde...

MIGUEL Y para nosotros quedará sitio verdad... un huequecito...

ANTONIA Sí, sí, todos. ¿No decías que tu gusto sería que te acompañáramos siempre? Fíjate si irás bien acompañado... No es fácil que te pierdas.

ALBERTO Y que no hay salvación posible.

MERCEDES ¡Ay, cómo estás..., parece que te sepa mal...!

RAMON Es que en el auto no habrá sitio para todos...

MIGUEL Antoñito que vaya en la capota...

ANTOÑITO Yo no...

MERCEDES Sí, sí; cuantos más vayamos, más nos divertiremos.

RAMON Y tanto si nos divertiremos.

AMERI. ¡Cupay...!, y deje que nos acompañen, maestro...

CRIADO *(Foro derecha.)* Dice el chófer que se den prisa...

ALBERTO Andando...

RAMON ¿Pero quieren hacer el favor de explicarme...?

ANTONIA Señores, en marcha... Ya saldrás si quieres. *(Sale foro derecha.)*

MIGUEL Anda, vamos monín...

ANTOÑITO ¡Ay, qué contento estoy, papá!

AMERI. Cupay, qué chapandanza..., qué movimiento, vaya.

MERCEDES (*A Ramón.*) Anda, hombre... ¿en qué piensas...?

ALBERTO Ni con salvavidas... (*Salen todos foro derecha.*)

MERCEDES (*A Ramón.*) ¿Es que te has quedado así de un aire...? (*Arrastrándole.*) Vamos.

RAMON (*Siguiéndola maquinalmente.*) ¡Sta. Rita, si me salvas, un torero de cera para ti...!

(TELON RAPIDO)



ACTO SEGUNDO

Patio de una fonda en Tarragona. Al fondo puerta monumental, cerrada hasta el final del acto. Al abrirse se verá a lo lejos la fachada de la plaza de toros.

A la derecha primer término, una puerta que conduce a otro patio, y segundo término, puerta grande que comunica con el exterior.

A la izquierda primer término, cuarto del conserje, y segundo término, una gran escalera que conduce al primer piso. Por las paredes diversos anuncios y un cartel de toros. Una mesa y dos o tres sillas primer término. Al levantarse el telón sigue Pimentel rasgueando una guitarra y cantando. Americano plancha un capote de brega sobre la mesa, donde habrá una botella simulando estar llena de aguardiente. Sentado en el suelo, Pepe, cogiéndose las rodillas, extasiado por los jipíos de Pimentel. Tipo muy listo y flamenco. Va con delantal blanco. Son las tres de la tarde.

ESCENA PRIMERA

PIMENTEL, AMERICANO y PEPE

PIMENTEL (*Simulando terminar la copla.*) Ay... ay... ay... a... ay...

PEPE — Olé, olé... Viva tu mare, tu pare y todos los de tu tierra, salao...

PAMENTEL No sé por qué... pero en eso del cante jondo, no he podido entrar nunca.

PEPE Vaya, que peor haces otras cosas...

PIMENTEL El cante jondo lo da la tierra y yo no he nacido en la de María Santísima. ¿Y usted hace mucho tiempo que dejó la del otro mundo...?

AMERI. Acabadito de llegar... ¿no lo nota en el tonillo, amigaso...?

PEPE Ya lo creo, y que viste mucho..., cuidado con perderlo...

PIMENTEL Sí que notaba algo raro... como si hablara a saltitos...

PEPE De buena fe, que lo creí resultado de algún susto..., como los toros tienen cuernos...

AMERI. ¡Cupay! A mí no me asusta nada ni nadie.

PIMENTEL Y qué... ¿visitó usted muchas tierras...?

AMERI. Yo... Digo... Ay, amigaso... tierras y mares... He visitado todas las Américas descubiertas, que dicen que son veintidós y una que todavía les falta descubrir... Yo he comido quinbombó en Veracruz; mango, piña y mamey en Cuba; en Río Janeiro el guiripapo; la maracuya en Rosario de Santa Fe; en Chile el tarapacá; el jobo en Montevideo, y el curaçao lo he bebido saliendo del trapiche de Curaçao mismo, que es una isla del Pacífico entrando a mano izquierda, que cuando aquí es de noche, allí cae un sol que abre los cocos.

PIMENTEL ¡Qué raro...!

PEPE Vaya geometría... Y celebro el que conserve el coco cerrado.

MERI. ¿Usted no habrá salido nunca de España...?

IMENTEL Ni de Cataluña siquiera...

EPE Cómo va a salir... si sólo hace cuatro meses que era mozo de cuerda.

IMENTEL *(Molesto.)* Eso nadie te lo preguntaba.

MERI. ¡Cupay! Y ¿qué tiene de particular...?

EPE Sabe lo que pesa un mundo.

IMENTEL Lo dejé porque se ganaba poco...

EPE Diga, maestro, ¿ganan mucho en América los mozos de cuerda...?

IMENTEL Mira, Pepe, no me calientes la sangre.

MERI. Correa..., amigaso..., mucha correa...

EPE ¡Qué va a tener correa, si se la llevó su mujer cuando se fugó con un cochero...!

IMENTEL ¡Portera...! ¡Chismoso!

MERI. ¿Qué tiene eso de particular...? ¿Que le echaron la droga...? ¡Cupay...! Pues, a otra. Y dígame el amigaso: ¿por qué se le fugó la mujer? Todas, todas son lagoteras... Siempre salimos encabuyados.

EPE Es una historia interminable... Ya se le ha fugado tres veces.

MERI. No hay que tomar susto. Muchos americanos a esto no le dan más importancia que la poca que tiene.

EPE Ninguna. Y el amigaso tampoco es muy escrupuloso, que digamos. Es de las que se van, y cuando se cansan vuelven... Y él tan contento...

IMENTEL *(Amenazando.)* Te meto la guitarra por la sesera... so vago...

MERI. Déjale ya. Toma la plancha y alivia...

EPE ¿Ya terminó...?

MERI. Sí... Daba asco de estar tantos días metida en el baúl.

PEPE Podía planchársela la camarera...

AMERI. ¡Cupay! Yo no permito nunca que mi avíos los toque nadie. Una vez allá e el Canadá, que es una tierra que n puede seguir adelante, porque tiene l pared del polo enfrente, una planchador puso unos polvos en la capa de un ami gaso, embrujándosela de tal conformi dad, ¡cupay!, que al pobre durante l corrida se le pegaba al cuerpo, de cuya resultas le cogió el toro, dándole un estaqueada... vapuleo, vaya..., tan fuerte que a los dos días ya estaba en el cam posanto.

PIMENTEL ¡Y que haya quien defienda a las mu jeres...!

PEPE No llores... que ya volverá... Oye, ¿vuel ve sola siempre?

PIMENTEL No quiero hacerte caso.

AMERI. Precisamente, esta sortija la compré la viuda. *(Enseñándola.)*

PEPE Pimentel, a ver cuando cae alguna.

AMERI. Mil pesos me costó y además la regal un loro que fumaba... No es faramalla. mentira, vaya..., fumaba, lo repito.

PEPE Oyes, Pimentel, dice que fumaba...

PIMENTEL En América se comprende todo.

AMERI. ¡Y que no es facetada...! Digo, gar sada... Fumaba y escupía. Era la adm ración de todos. Tengo testigos. S maestro fué un alijulipe de la tribu d los escayolas amarillentos, la más civ lizada de la Tierra del Fuego, que e un punto extremo de la América del Su donde si das un paso más, tienes qu echarte al agua.

PEPE ¡En América hay cosas muy raras!

AMERI. Pues aún vi una cosa más curiosa... allá en el Paraguay, que es un país donde inventaron la danza paraguaya.

PIMENTEL ¿Y qué fué?

AMERI. Pues fué que una noche..., una noche vi una lucha de negros en un túnel.

PEPE ¿Oyes, Pimentel?

PIMENTEL ¡Sí que es curioso!

PEPE *Muy* curioso y muy raro.

AMERI. ¿Conque ustedes estaban en Tortosa con el Patatero?

PIMENTEL Sí, con el Patatero.

PEPE Y si tardan cinco minutos más en marcharse, creo que les matan.

VOZ *(Interior.)* Pepe...

PEPE Voy..., voy... *(Vase segunda derecha.)*

PIMENTEL Si no se va... le doy con la guitarra... ¡Qué pata tiene! Se toma demasiada confianza. Porque hemos sido vecinos, cree que todo le está permitido.

AMERI. Es camarero, ¿no...?

PIMENTEL Es camarero, sí... y además un teje maneje... Va a la estación a la llegada de los trenes, acompaña turistas, y cuando hay corrida, va a la plaza, sirve de mozo de estoques y abre el toril, a cambio de los cuernos y la entrada gratis.

AMERI. Sabe achamparse el amigaso... Y nuestra gente... ¿dónde está...?

PIMENTEL Como llegamos de madrugada... se levantarán a última hora... Pero vea usted. *(Saltamontes, escalera, vestido de picador.)*

ESCENA II

AMERICANO, PIMENTEL y SALTAMONTES por la escaler
y pronto MIGUEL y ANTOÑITO por la escalera

PIMENTEL ¡Ahí viene mi compañero...! Oye, tú dormilón... ¿Se levantaron todos ya?

SALTA. Sí, y nos aguardan para almorzar. Bue no, nos aguardan almorzando... que e igual, aunque no dé lo mismo... ¿Qued algo de aperitivo? *(Por la botella.)*

PIMENTEL ¡Qué hombre! Lo único que le preo cupa es comer y beber...

AMERI. El hombre que trabaja tiene que ali mentarse...

PIMENTEL El que trabaja, conforme, pero éste e un marrajo que huye siempre al cast go... Pero te advierto que no te pas ni una más..., que no vuelvo a carga con el mochuelo.

AMERI. No enfurruñarse, amigasos.

PIMENTEL ¡Pero si en todas las corridas, el ún co que pica soy yo...!

SALTA. Vamos a ver. ¿Y de quién es la culpa

AMERI. Diga..., dígame el amigaso...

PIMENTEL Y te atreves, poca lacha... ¡Mire uste tan pronto como asoma el primer bicho empieza a mover el melón y dice q aquello no es lo convenido..., y simula do protestar airadamente, me deja so en el redondel...!

SALTA. Y con muchísima razón. Figúrese uste

que anuncian novillos y nos echan miuras de cinco yerbas y algunas veces de más.

PIMENTEL. Esto no es verdad...

SALTA. Venga, venga el cordial. *(Bebe en la misma botella.)*

AMERI. Bueno, muchachos..., no encachilarse... enojarse, vaya...

PIMENTEL ¡Si es de lo más gandúl y miedoso que hay en el mundo!

AMERI. No va más... Ahorita hay que hablar de cosas más importantes. ¿De manera que ustedes forman parte de la cuadrilla del Patatero...?

PIMENTEL Sí. Nos contrató el Cartujano para estas dos corridas... Como el Patatero tuvo la desgracia...

AMERI. ¿Una cogida...?

PIMENTEL Un patatazo que le quitó el sentido.

AMERI. ¡Cupay! ¡Qué dominguejos, ché...!

PIMENTEL Lo peor fué que creyéndose perseguido por el toro, se clavó una puya en la espalda y aun no sé cómo fué.

SALTA. Pero él sí lo sabe... Y yo también. Fuiste tú.

PIMENTEL Sin querer. Es que me cegué.

AMERI. Pues yo soy el Americano... que hoy alterna con el gran Cartujano...

PIMENTEL ¡Ah...! Sí...

SALTA. Lo celebro.

AMERI. Pues sí... Me mandó condiciones allá a Buenos Aires, y a pesar de ganar mucha plata en aquella República, por tratarse de él, me dije, digo, a España me voy... Y aquí me tenéis, amigasos.

SALTA. Vaya, vaya... Chóquela usted... Pimentel... Creo que esto tendría que remo-

jarse... Ande, ande el amigaso... Por lo menos un puro...

AMERI. Ahí va un tabaco... *(Dándole un puro.)*

PIMENTEL *(Alargando la mano.)* Eso sí. El primer gorrero de España. *(Americano le da otro puro.)*

SALTA. Lo malo es, que no habrá corrida. El Cartujano tuvo una cogida en Zaragoza... y dicen que sigue enfermo, aunque no de cuidado.

AMERI. Eso es hablar de paporreta, amigaso. El maestro llegó anoche conmigo.

PIMENTEL Entonces, ¿será un joven a quien acompañan dos señoras?

AMERI. ¡Cupay! El mismo.

PIMENTEL Desde mi habitación les he visto paseando por el jardín.

AMERI. Es guapo... Y sin fachosear..., tiene casi tanta planta de torero como yo... *(Escalera Sr. Miguel y Antoñito.)*

MIGUEL Mira..., mira... Antoñito..., el señor Americano...

AMERI. ¡Cupay!, el amigaso... ¿Y cómo dice que le va?

MIGUEL Azaradísimo, señor Cupay, digo, señor maestro. Mira, hijo mío... Estos son dos picadores.

ANTOÑITO Ya lo sé... *(Coge la guitarra.)*

MIGUEL He visto a casi toda la cuadrilla. Trincan que es una bendición.

PIMENTEL Qué, ¿también es de los nuestros el joven...?

ANTOÑITO *(Con las dos manos sobre la guitarra y agachando la cabeza.)* Sí..., señor picador.

MIGUEL Es una pena... He hecho cuanto he podido por quitarle los cuernos de la ca-

beza... Acabo de sermonearle..., pero sí, sí, como si lloviera...

AMERI. Amigaso, deje al chico, crea que Antoñito llega y corta escobas..., que triunfa, vaya. Se lo garanto.

MIGUEL Pues que corte escobas, aunque yo hubiera preferido que cortara patatas.

PIMENTEL No hubiera perdido nada.

AMERI. Amigaso... Eso nunca... ¡Cupay!, nunca se deben torcer las naturales inclinaciones... Además, el chico tiene sangre torera... Mírelo bien. Fíjese que lo lleva escrito en la cara.

SALTA. A ver, neófito..., mírame.

ANTOÑITO *(Avergonzado.)* Yo me llamo Antoñito, señor picador.

PIMENTEL *(A Saltamontes.)* Le encuentro cara de imbécil.

AMERI. Además sabe vestir, que es una de las principales condiciones para la carrera. Al chico no le falta más que un protector que le ponga al corriente de los resortes y martingalas que tiene el arte.

MIGUEL *(A Antoñito, dándole en la espalda.)* Deja la guitarra y escucha.

PIMENTEL Dámela, que cuestan caras.

MIGUEL Ya hablé al señor Cartujano para que le diera unas lecciones.

AMERI. Pero amigaso... ¡Cómo va a querer el gran Cartujano ocuparse de estas minucias! ¡Cupay...! Si quiere, con una pequeña retribución me encargo yo del chico... Le bandeo, le baquio y bibijagua, se lo garanto.

SALTA. *(A Pimentel.)* Mira, mira, qué bien busca la plata el amigaso.

MIGUEL Pues pecho al agua... No he entendido una palabra. *(Campana interior.)*

PIMENTEL A comer tocan... ¿Ustedes gustan?

SALTA. ¿Gustan...?

MIGUEL Que aproveche...

AMERI. Los madrugadores ya hemos comido.

PIMENTEL Hasta luego. *(Vanse escalera.)*

SALTA. Mandar.

AMERI. Y no entretenerse... Que se acerca la hora, amigasos...

MIGUEL Bueno, señor Americano... ¿En serio cree usted que el chico puede debutar hoy? Yo creo que antes...

ANTOÑITO No... no..., sí... sí...

AMERI. Nada de chachalaca. A mi lado no corre peligro alguno. Se lo garanto con mi cabeza. Lo único que tiene que hacer, es no separarse de mí. Cuando el toro esté parado, se pone detrás de mí, y cuando embista, se pone delante chitando, y de esta forma, comprende, tiene siempre una muralla que le resguarda de todo.

MIGUEL Eso es verdad, interponiéndose usted entre los dos, no hay cuidado alguno. Fíjate bien, Antoñito... Tienes que ponerte delante y detrás del señor Americano.

AMERI. Quiero que el chico, dentro de medio año, sea el sostén de la familia, sin charqueo ninguno... Arañazo..., ¡vaya! Si el torear sabiendo unas cuantas martingalas..., es como comer chicozapote..., digo melocotón, como le llaman aquí.

MIGUEL Con poco que prospere... De familia sólo quedamos él y yo...

AMERI. Entonces podrán gastar automóvil como

el maestro, se lo garanto. Crea que ha escogido una carrera de lucimiento. ¡Si hubiera usted visto el fajo de pápiros que acabo de entregar al gran Cartujano por orden de mi padrino...! Vaya, amigaso, que yo desenguaraco al chico, ¡cupay!, se lo garanto.

IGUEL Bueno, bueno; entonces no hay más que hablar y yo también le garanto que no se quejará usted de mí si lo desencuaraca bien.

MERI. Pues siendo así, la instrucción será macanuda. Le enseñaré el salto de la garrocha y el trascuerno, que consiste en pasar por encima de los pitones de la fiera, que se queda como quien ve visiones, y el quiebro de rodillas, que haciendo así, pasa sin darse cuenta por debajo del sobaco, y por último, un recurso inventado por mí, para que en caso de apuro no peligre más que la espalda que es lo más resistente que tenemos en toda persona.

IGUEL Es cierto... Oye, hijo mío... ¿Y no tendrás miedo de debutar hoy mismo...?

NTOÑITO No, papá...

MERI. Amigaso..., puesto que ahorita es temprano todavía, podríamos salir al patio y le daría un bandeo para baquiarlo un poquito y le serviría de mucho...

IGUEL Bueno, como usted quiera... ¿Pero y el toro...?

MERI. Lo será usted por un rato... Nadie le verá... Y como es para su hijo...

IGUEL No sé si sabré hacerlo bien, pero en fin... Todo por mi hijo.

MERI. Macanudo, ché... Vamos allá, que pron-

to saldremos para hacer el pasacall acompañados de la música.

ANTOÑITO Papá, yo también quiero ir.

AMERI. Sí, hombre, sí. Y hasta usted si quier puede acompañarnos, verá cosa magní fica. La cuadrilla se forma aquí y a compás de un paso doble, recorreremo lo principal de la población.

MIGUEL Bueno, pues les acompañaré...

ANTOÑITO ¡Ay, si me vieran en Lérida!

MIGUEL Te verán en Tarragona...

AMERI. Verán, amigasos, qué bochinche. Ante de romper la música, te diré cómo tiene que ponerte la capa, porque hay mucho que la llevan y pocos que la sepan llevar

ANTOÑITO No tengo... En el pueblo toreaba co una blusa.

AMERI. Amigaso, compre ocho o diez varas d percalina encarnada o azul, como le gus te más al chico...

ANTOÑITO La quiero encarnada.

AMERI. Pues encarnada... En un momento l cose cualquier camarera de la fonda y en cuanto al traje, pueden acercars a la plaza y pedirlo en mi nombre a m padrino... Aunque no ajuste mucho n importa.

MIGUEL Pues que empiece la lección... Vamos... vamos.

ANTOÑITO Estoy muy contento, papá.

AMERI. Ya eres torero. Yo te lo garanto, ¡cu pay! *(Vanse primer término derecha Americano con la capa.)*

ESCENA III

RAMON y ALBERTO por la escalera y a poco dos toreros último término derecha

RAMON ¡Ay, amigo mío, esto se llama aguantar un temporal, con el timón destrozado, sin brújula y con la cubierta anegada...! Alguien, seguramente enteró a mi suegra de que yo no era el tal Cartujano, y por esto ha sido el interés en acompañarme... Por eso ahora me encuentro como los reos cuando están en capilla, aguardando la hora fatal, que para mí será la de la corrida. No..., no me diga usted nada... Y Paulina que me estará aguardando en Barcelona. En fin, ya no puedo esperar, ni siquiera el perdón de la suegra...

ALBERTO Pero cálmese usted, por Dios.

RAMON No, no me diga usted nada... Al salir de casa, me he dado perfecta cuenta de la magnitud del cataclismo, por eso a mitad del camino, fingiendo una indisposición repentina, he querido telegrafiar diciendo que no contaran conmigo, pero ya vió usted las dos fieras cómo sacaron las uñas, particularmente la suegra y el imbécil del fabricante de papas, que gesticulando como un energúmeno, vociferaba que en manera alguna, después de haber sacado a su

hijo de sus casillas permitía que dejara de torear. Y el cafre del amigaso, amenazando con llevar el asunto al juzgado por incumplimiento de contrato... Vamos, que hay para pegarse un tiro... Y a todo esto... ¿llegó la cuadrilla...?

ALBERTO Claro. Y tienen que torear hoy y mañana.

RAMON ¿Y dónde se hospedan...?

ALBERTO Aquí.

RAMON ¿Aquí...?

ALBERTO Por eso nos alojaron anoche tan mal... Ellos tenían las habitaciones comprometidas.

RAMON Bien, ¿y ahora qué hay que hacer? ¿Avisar a la funeraria...?

ALBERTO Por el momento, enterarle de que no es usted solo el que está en capilla.

RAMON ¿Acaso usted...?

ALBERTO Casi nada. La Susana está en Tarragona.

RAMON ¿De veras...?

ALBERTO La vi al atravesar la Rambla. Si ella me ha visto, creerá que estoy aquí por Lucrecia... y no por los líos de usted.

RAMON ¿Pero quién le manda a usted tener tantos líos?

ALBERTO Claro, con los de usted sobra, ¿verdad?

RAMON ¿Y no sospecha usted el por qué habrá venido?

ALBERTO Seguramente a ver a una tía suya. Si supiera cierto que no me ha visto, arreglaba la maleta y me largaba en el primer tren.

RAMON Muy bien... ¿Y me dejaría usted en las astas de la suegra?

ALBERTO Considere usted que la madre de Su-

sana no es una mujer, es un sargento de carabineros, y como le subleva el contrabando, el día que me coja pisando en falso... *(Entran dos toreros segunda puerta derecha y se van por la escalera.)* Mire, mire usted... ¿No preguntaba por ellos...?

RAMON ¡Pobre de mí, ya empiezan a entrar los de la Congregación de la sangre!

ALBERTO Bueno, bueno; no se apure usted...

RAMON Usted que es hombre de grandes ideas, vea, vea si encuentra una solución más lisonjera.

ALBERTO Por el momento, cambiar de fonda...

RAMON Pero subsiste el enredo, porque se acerca la hora de la corrida y quedará la trama descubierta.

ALBERTO Pero mientras...

RAMON Además, ¿y con qué pretexto...?

ALBERTO Diga..., diga usted que el edificio amenaza ruina...

ESCENA IV

Los mismos y MERCEDES por la escalera

MERCEDES ¡Ah...! ¿Estás aquí...?

RAMON Sí. Todavía...

MERCEDES Hola, Alberto. Mira, Ramón, no sé lo que le pasa a mamá, que cada vez que la hablo, está más furiosa contra ti...

RAMON Me he dado perfecta cuenta. En el auto creí que me sacaba los ojos.

MERCEDES Aquí hay un misterio, que tú me tienes que aclarar.

RAMON Si no es el de dolor, no sé otro.

MERCEDES El cambio es tan radical, que debe ocurrir algo grave y no queréis decírmelo.

ALBERTO Vaya usted a saber...

RAMON Cosas de los nervios.

ALBERTO ¿Está en su habitación doña Antonia?

MERCEDES Acaba de salir. Me ha dicho que iba a visitar a una persona muy interesada en el asunto, para que la pusiera al corriente de todo.

RAMON
ALBERTO } *(El uno al otro.)* ¡El Cartujano!

RAMON ¿Pero qué es todo...? ¿Se puede saber?

ALBERTO Quizá. ¿Y si yo hablara con ella...?

MERCEDES Quedaría usted como el negro del sermón. Lo he probado todo y no he logrado enterarme de nada.

ALBERTO ¿Y usted no sospecha lo que puede ser...?

MERCEDES Cuando creía saberlo, un incidente me ha dejado más perpleja que antes. Han pasado dos jóvenes cerca del mostrador, seguramente viajantes, y uno de ellos ha dicho: Hoy mata el Cartujano, y ha contestado el otro: Buen torero. El mes pasado le vi torear en Zaragoza.

RAMON ¿Que... yo...?

ALBERTO Sabrían quién era usted y han querido gastarle una broma...

MERCEDES Puede ser, porque al poco rato, el torero americano me ha dado estos billetes por encargo del empresario acompañándolos de una carta que dice que le ponga a mis pies y a los de mamá. *(Le da billetes y carta.)*

RAMON — Eso dice... *(Lee.)* Lo ves, Mercedes... Si está todo clarísimo.

MERCEDES — Sí, sí, claridad meridiana.

RAMON — Di, ¿y ahora qué merecías...? ¡Mira que dudar de mí...!

MERCEDES — Pues cree que he pasado muy mal rato...

ALBERTO — Se comprende...

RAMON — ¡Pero qué desconfiada eres!

MERCEDES — Voy a preparar tu ropa... Vea usted, Alberto... Estamos instalados en el cuarto del conserje... y gracias.

ALBERTO — Pues yo en la bodega. Ande, ande usted a preparar el traje de la gloria.

RAMON — O de la eternidad.

MERCEDES — Te vestirás en el cuarto de mamá...

RAMON — Bueno, como quieras...

MERCEDES — Hasta ahora. *(Vase Mercedes cuarto conserje.)*

ESCENA V

ALBERTO, Ramón y a poco PIMENTEL por la escalera

RAMON — Bien se ve que con usted no va nada.

ALBERTO — ¿Por qué...?

RAMON — Por la tranquilidad con que dice a mi mujer que arregle la ropa.

ALBERTO — Mientras hay vida, hay esperanza, y no hay mal que cien años dure. Amigo Ramón, usted sería muy mal marino, porque con su temperamento, al verse en un temporal dejaría de maniobrar.

RAMON Sí, sí; ya puede usted maniobrar tanto como quiera. En estos momentos, el Cartujano auténtico y mi suegra habrán firmado mi sentencia de muerte. Y ahora, ¿qué hago yo con el dinero...? ¿Organizamos una juerga...?

ALBERTO Macanudo, que diría el Americano, así hay que tomar las contrariedades... Lo que tiene usted que hacer antes de que nadie se entere, es entregarlo a quien iba destinado, pues un suplantador que cobre... es algo más grave que un asunto de familia. Esto complicaría aún más las cosas...

RAMON Más de lo que están...

ALBERTO Ande, ande, lleve el dinero al auténtico Cartujano y quítese el compromiso de encima.

RAMON ¿Yo...? ¡Y en estos momentos en que estará con mi suegra...! Amigo Alberto, esto es incumbencia suya.

ALBERTO Vaya por Dios... Venga el dinero y preguntaré por el Cartujano. *(Pimentel sale escalera.)*

RAMON Pregúnteselo a aquel elefante.

ALBERTO Oiga usted, amigo. *(A Pimentel.)* ¿Quiere decirme dónde está el Cartujano?

PIMENTEL *(Por Ramón.)* ¡Ahí lo tiene usted!

ALBERTO *(Aparte.)* ¿Pero qué dice? *(Pimentel vase segundo término derecha.)*

RAMON ¡Ya empiezan a torearme!

ALBERTO Aguarde usted, que voy a explorar el terreno.

RAMON Creo que sería mejor capitular.

ALBERTO Para eso siempre estamos a tiempo.

RAMON Bien... Pues sea lo que Dios quiera.

En El y en usted, como en mi ángel tutelar, confío.

ALBERTO Animo, Ramón. *(Vase último derecha.)* ¡Si Susana me ha visto, también estoy sentenciado!

ESCENA VI

RAMON, Sr. MIGUEL, AMERICANO y ANTOÑITO por la primera derecha. AMERICANO deja la capa en una silla

AMERI. ¡Cómo no! Le digo que llega y corta escobas..., se lo garanto, y no hay cuidado, porque yo le espaldearé.

RAMON Pues sí que éstos me faltaban...

AMERI. Yo sé las marrullerías del toro, como si me las advirtieran al oído, y antes que él decida trompicarme, ya le he vuelto la espalda dejándole turulato.

MIGUEL Bien, bien; mejor... Y ahorita nos vamos en busca del traje.

ANTOÑITO Y a comprar la percalina.

MIGUEL Es verdad.

ANTOÑITO Y que sea encarnada.

MIGUEL *(Acariciándole.)* A tu gusto, Antoñito.

AMERI. Anden, anden, que el tiempo vuela, amigasos. *(Salen Miguel y Antoñito por la última derecha.)* Y usted, maestro... ¿No se arrelinga...?

RAMON ¿Qué...?

AMERI. Si no se prepara, si no se acicala, vaya.

RAMON Sí, hombre, sí. ¿Qué prisa tiene usted?

AMERI. Supongo que habrá recibido la plata.

RAMON Plata..., no.

AMERI. Plata, sí. Le he dado a su señora mil pesetazas...

RAMON ¡Ah...! Sí...

AMERI. Y el caso es macanudo, maestro. La chapandanza aumenta, porque nada menos que aseguran que sufrió usted una cogida en Zaragoza... Pero ya he dicho a mi padrino que eso son guacharas que lanzan las empresas de teatros y cines, para quitarnos público. He ido a visitar a Lola, a quien también llegó la guachara. Por cierto que allí quedó la moña, pero volveré a recogerla...

RAMON ¡Vaya por Dios! *(Aparte.)* Debe ser una amiga del verdadero Cartujano.

AMERI. Amigaso, maestro..., que Lola quiere verle ahorita mismo. ¡Hay novedades!

RAMON ¿Novedades...? Bueno...

AMERI. Al padrino le conté que estaba usted aquí desde anoche... y quiere conocer a las señoras...

RAMON Vaya, ¿conque usted ha sido el boquiche que le ha hablado de las señoras...? Ya se me ha pegado.

AMERI. ¡Cómo no! Y qué tarde más preciosa, amigaso... Lo que siento es que vamos con mala gente. El Patatero nunca tuvo nadie que valiera un pitoche.

ESCENA VII

os mismos, ALBERTO y luego PEPE, último término derecha

LBERTO (*Por la última derecha, al Americano.*) Hay un aviso de la plaza, para que vaya usted inmediatamente.

MERI. Al instante. Macanudo. Ché. Hasta ahorita. (*Vase último término derecha.*)

AMON Anda... y no vuelvas... ladrón.

LBERTO El Cartujano no llegó y dicen que es debido a una grave cogida que tuvo en Zaragoza.

AMON Así me lo ha contado ese imbécil... Entonces será cierto...

LBERTO Claro, cuando no está aquí, a estas alturas.

AMON ¿De manera que no se habrán visto con mi suegra...?

BERTO Naturalmente. Es innegable, que mientras hay vida...

MON Hay esperanza... de perderla.

BERTO A la noticia nadie le da importancia, pues que el Cartujano está aquí, lo saben hasta los perros.

MON Claro, el chisgarabís del amigaso lo habrá contado en todas partes.

BERTO La ventaja es grande, porque se trata de un torero nuevo en esta plaza y nadie le conoce... ni siquiera la cuadrilla... Aunque quizá podría empeorar el asunto,

porque llegará la hora y entonces sabrá su mamá política directamente, lo que le falta saber, con la agravante de la casi seguridad que le llevan a usted a la cárcel.

RAMON ¡Ah...! De ninguna manera... Eso nunca...

ALBERTO Figúrese que resulta cierta la cogida. Medite que la cola para tomar billetes llega hasta las murallas romanas y que usted se ha presentado suplantando a Cartujano... Ahí es nada la responsabilidad que pesa sobre sus costillas...

RAMON Nada, nada... Que la única solución es el suicidio.

ALBERTO Comprenda la gravedad del compromiso. Un conflicto de orden público donde el gobernador forzosamente ha de toma cartas...

RAMON Y que no se conformará con acusarm las cuarenta...

ALBERTO El tute no hay quien se lo quite de er cima. Antes no era más que un asunt de familia, pero no presentándose el verdadero Cartujano, será una complicació gravísima.

RAMON Ya no se preocupe... Sólo he de buscar la forma de morir con el menor sufrimiento posible.

ALBERTO Todavía no... Ya sonará su última hora.

RAMON Gracias. Tengo una gran idea. Me voy al Mirador que Castelar llamó el balcón del Mediterráneo y me tiro por el balcón.

ALBERTO No, no es que sea mala la idea, pero no tenga prisa. Hasta última hora no debe acudirse a recursos extremos. Cualquier ligereza podría costarle cara.

RAMON ¡Pero si ya sonó mi última hora!

ALBERTO *(Mira el reloj.)* Todavía no. Aún le quedan treinta minutos.

RAMON ¿Eh...? ¿Qué tal...?

ALBERTO En treinta minutos pueden tener lugar grandes acontecimientos. En menos dieron el grito de «Tierra», en la carabela Santa María.

RAMON Para carabelas estamos...

ALBERTO En menos tiempo se hundió la Atlántida en el abismo, dejándonos como recuerdo el estrecho de Gibraltar. Además, ¡quién sabe....! Podría estallar una revolución... que ahora se estila mucho.

RAMON No hay cuidado. No está el horno para bollos...

ALBERTO O que un huracán destruya la plaza de toros... O que por la muerte de un gran personaje suspendan los espectáculos públicos.

RAMON Puedo esperarlo todo..., pero sentado.

ALBERTO ¡Quién sabe...! Si llegara en auto el matador... *(Pepe, último término derecha.)*

PEPE ¿Permiten ustedes?

ALBERTO ¿Qué sucede?

PEPE En el patio hay varios empleados de la plaza que aguardan al maestro por si cae algo...

ALBERTO Bien, en seguida vamos.

PEPE Y conste que me alegro de que haya sido una filfa lo de la cogida.

RAMON *(Mirándole detenidamente de arriba abajo.)* ¡Ah...! Sí... Muchas gracias, puedes retirarte.

PEPE *(Yéndose por la última derecha y apar-*

te.) Adiós, tú. Sí que presume. ¡Ni que fuera Belmonte!

RAMON — Sólo éste me faltaba. A ver, dígame usted lo que tengo que hacer.

ALBERTO — Soltar algunos pápiros, que por ser espléndido, no meten a nadie en la cárcel.

RAMON — Claro... ¡Pero enredamos más la madeja...!

ALBERTO — Hay que capear el temporal, amigo; todavía no estamos en las rocas. Vaya, vaya y afloje la mosca.

RAMON — ¡Ay, Alberto, no puedo, no tengo ánimos para nada!

ALBERTO — Bueno... Iré yo en su nombre.

RAMON — Tome usted y haga lo que quiera. *(Le da dinero.)*

ALBERTO — Y valor, mucho valor, que en peores trances se han visto muchos y todavía lo cuentan.

RAMON — ¡Yo sí que voy a contarlo a San Pedro...! *(Vase Alberto último término derecha.)*

ESCENA VIII

RAMON, pronto MERCEDES en el cuarto del conserje y a poco PAULINA por el último término derecha

RAMON — Esto no es más que el cordial que se da a los moribundos... No sirve más que para prolongar mi agonía... Y desde que me veo perdido, aumenta más el cariño

hacia mi mujer... Voy, voy a dedicarle mis últimos momentos. *(Al dirigirse al cuarto, oye la voz de)*

PAULINA (*Dentro.*) Ya daré con él. Muchas gracias. No se moleste...

RAMON ¡La Virgen me valga...! Paulina...

PAULINA (*Dentro.*) Gracias. Es usted muy galante...

RAMON ¡Dios mío! ¿Qué hago...? Si huyo, será peor... Estoy perdido... ¡Mercedes...! ¡Mercedes...!

MERCEDES (*Alarmada, asomándose por la puerta del cuarto.*) ¿Qué tienes...? ¿Qué te ocurre...?

RAMON Cierra, que se ha escapado un toro.

MERCEDES (*Cierra apresurada.*) ¡Dios nos asista...!

PAULINA (*Ultimo término derecha.*) ¡Pichoncito mío...! (*Le abraza.*)

RAMON ¿Tú, aquí...?

PAULINA No me esperabas, truhán...

RAMON Déjame, que pueden vernos...

PAULINA ¡Si no hay nadie...!

RAMON No chilles, ¡por Dios!

PAULINA ¿Por qué...?

RAMON Hay quince o veinte enfermos en la fonda...

PAULINA Y ¿cómo te hospedas en un hospital...? Anda, dime, dime dónde está tu cuarto.

RAMON No tengo. Llegó la cuadrilla antes que yo y los comprometió todos.

PAULINA Entonces... ¿Dónde has dormido?

RAMON En la cocina, en un colchón sobre los hornillos.

PAULINA Poco creía ayer venir a Tarragona, pero leyendo el periódico vi que toreabas y me dije, voy a darle una sorpresa y una

alegría a mi torerazo. *(Le abraza.)* Di... ¿Te alegras, mucho, mucho, verdad?

RAMON Cuidado que tienes unas cosas... Anda, vámonos y buscaremos otra fonda...

PAULINA Con mamá estamos en una muy mala. A propósito, mi madre quiere conocerte.

RAMON ¡Ay, tu madre...!

MERCEDES *(Dando golpes en la puerta.)* ¿Ya se ha marchado el toro...?

PAULINA ¿Un toro...?

RAMON No te preocupes... Es una joven que está loca...

PAULINA ¿Loca...?

RAMON Sí. Vámonos en busca de tu madre y os llevaré al Hotel París.

PAULINA ¿Y tú...?

RAMON Yo tengo que quedarme aquí con la cuadrilla. Vamos..., vamos... *(Empujándola hacia el foro.)*

PAULINA Aguarda... ¿A qué viene tanta prisa...?

MERCEDES *(Dentro.)* ¡Ramón...!

PAULINA La loca te llama.

RAMON Llama a su madre.

PAULINA Ha dicho Ramón.

RAMON Ha dicho Ramona.

MERCEDES *(Dentro.)* ¿Ya se fué el toro?

RAMON *(Sigue empujando a Paulina hacia el foro.)* Todavía no.

PAULINA Oye, tú... Queremos ver la corrida...

RAMON Bien, te mandaré dos billetes.

PAULINA No, no, quiero un palco.

RAMON Bueno, un palco o dos, pero anda, que la hora se aproxima...

ANTONIA *(Dentro.)* Pepe. ¿Está en casa don Alberto?

RAMON *(Aparte.)* ¡Dios mío, la suegra! *(A Pau-*

lina.) Aprisa. Aquí, por aquí. *(Arrastrándola, salen primera derecha.)*

'AULINA ¡Cómo estás hoy! Nunca te he visto así.

ESCENA IX

oña ANTONIA por la segunda derecha y PEPE dentro. Pronto ERCEDES por el cuarto del conserje, y después ALBERTO y PEPE por la segunda derecha

EPE *(Dentro.)* Estará en el patio.

NTONIA Bien. Gracias.

IERCEDES *(Dentro.)* Ramón. ¿Ya se marchó el toro...?

NTONIA ¡Qué toro, ni qué demonios! Abre...

IERCEDES ¿Se lo llevaron ya...?

NTONIA Abre o echo la puerta abajo.

IERCEDES *(Asomándose.)* ¿Y el toro...?

NTONIA ¿Pero qué toro?

IERCEDES *(Saliendo miedosa.)* Un toro que se había escapado.

NTONIA ¿Y quién te lo ha dicho...? ¿Acaso lo has visto tú...?

IERCEDES No, por suerte. Ramón me advirtió a tiempo.

NTONIA A tiempo de pegártela. ¿De dónde quieres que salga el toro...?

IERCEDES Yo qué sé. Me ha dicho que cerrara mi cuarto porque se había escapado...

NTONIA Vaya un toro. Sería una vaca...

IERCEDES ¿Qué quieres decir, mamá...?

ANTONIA Oyeme, que traigo nuevas sensacionales.

MERCEDES No me asustes... Acaso Ramón...

ANTONIA No le nombres, haz el favor, no manches tus labios con el nombre del sér más infame que se arrastra por la tierra. Ramón, óyelo bien, hija mía, Ramón tiene otra mujer.

MERCEDES ¡Jesús...!

ANTONIA Bien lo presentías con tus dudas y yo tan ciega... ¡Pobre hija mía...!

MERCEDES No, no, mamá; esto es imposible, yo no he dudado nunca, lo decía únicamente por el gran amor que le profeso.

ANTONIA Hija mía, es cierto, certísimo, tanto, que acabo de hablar con ella. Se llama Lola.

MERCEDES ¡Lola...!

ANTONIA Ya ves. Como la de la camisa...

MERCEDES No, no. Yo no puedo creerlo.

ANTONIA Tan cierto es, que iba a venir a visitarnos, informada de todo por el torero de los llantos. Por él, ¡cupay!

MERCEDES No, no me basta tu convencimiento, tengo que verlo yo por mis propios ojos y aún seguiré dudando...

ANTONIA A eso vamos... a visitarla en seguida. Pero antes quiero hablar con Alberto para que suprima sus gestiones de un plumazo... Nada de corridas en Madrid. Infame... Criminal... Mal torero... ¡Ay, si pudiera avisar al toro...!

MERCEDES Mamá... ¿Y si no fuera verdad...?

ANTONIA Sí, sí, puedes dudar. Allí en su cuarto verás aquella moña que falta en la pared de casa.

MERCEDES ¿La moña?

ANTONIA Sí, hija mía, sí; la moña. Creo que después de esto no soportarás ni un

solo momento la presencia de ese... mal hombre.

MERCEDES Claro que no, pero he de saberlo tan ciertamente, como es cierto que en este momento estoy hablando contigo.

ANTONIA No podrás dudar, porque el plan que hemos combinado, es tan contundente como diabólico. La falta es gravísima, pero la expiación será pública y terrible. Pepe.

MERCEDES ¿Qué piensas hacer...? *(Alberto por la segunda puerta derecha.)*

ANTONIA Aquí está Alberto. Anda, ponte el sombrero en seguida. Pepe... *(Mercedes va al cuarto del conserje.)*

ALBERTO ¿Creo que preguntaron por mí...? ¿Ocurre algo...?

ANTONIA Sí, Alberto.

PEPE *(Por la segunda derecha.)* Señora...

ANTONIA Pepe, haga usted el favor de recoger todo lo de mi hija y subirlo a mi cuarto.

PEPE Está bien, señora. *(Entra en el cuarto del conserje.)*

ANTONIA ¡Ay, Alberto...! Ocurre algo folletinesco..., horripilante.

ALBERTO ¡Cupay!, digo, demonio. ¿Qué es ello? ¿De qué se trata...?

ANTONIA Por el momento, no se canse en conseguir para Ramón la Plaza de Madrid. Su popularidad me importa un bledo.

ALBERTO Pero diga, dígame usted lo que sucede, doña Antonia...

ANTONIA Casi nada, que Ramón tiene una novia... Una... Ya me entiende...

ALBERTO ¡Qué dice usted!

ANTONIA Acabo de verla y hablarla yo misma y ahora vamos a visitarla con mi hija

para que se convenza de la infamia de su marido. *(Sale Pepe con un lío de ropa y un traje de luces, y vase escalera.)*

ALBERTO ¿Pero usted habló con la interfecta...?

ANTONIA Claro que sí. Y si quiere usted ver cosa buena a la hora de la salida de la cuadrilla, no falte usted aquí.

ALBERTO De manera que cuando salga là cuadrilla...

MERCEDES *(Saliendo del cuarto del conserje.)* ¡Pero por Dios, no le diga usted nada...!

ANTONIA Alberto merece toda nuestra confianza.

ALBERTO Ni una palabra. Pero cuénteme, cuénteme usted la entrevista...

ANTONIA Pues que la... fulana, está que se la llevan los demonios, y no hay para menos... Calcule usted que se le presentó como soltero y tuvo la osadía..., ¡oh, es inaudito... de jurar que se casaría con ella!

MERCEDES ¡Qué hombres, don Alberto...! ¡Qué hombres...!

ALBERTO Y dígame, dígame. ¿Dónde vive esa desgraciada?

ANTONIA Nuestra entrevista ha sido en el Hotel París, donde creía sorprender a su matador; pero para despistar, ahora se irá a la Fonda de España... y así seguirá mejor el curso de nuestros planes.

ALBERTO ¿Y cuáles son sus planes? Si yo puedo serles útil, dispongan de mí incondicionalmente.

ANTONIA Mil gracias, Alberto. Por el momento es cosa nuestra. El plan es que cuando se coloque en formación la cuadrilla, para salir a presumir por las Ramblas

de Tarragona, ella estará aquí con nosotras para desfigurar la cara al Cartujano, para que luego no le conozca nadie. Después muy tranquilas y satisfechas, nos iremos a nuestra casita, cuyas puertas quedarán cerradas para siempre al despreciable torero de invierno.

LBERTO Ustedes no irán solas. Las acompañaré yo.

ERCEDES ¡Qué bueno es don Alberto...!

LBERTO Ustedes lo merecen todo.

NTONIA Y ahora dispénsenos, pero no tenemos tiempo que perder...

LBERTO Vayan con Dios y que todo salga a pedir de boca.

ERCEDES ¡Por Dios, Alberto..., ni una palabra...!

LBERTO Queden ustedes tranquilas, ni una sola palabra.

NTONIA Adiós, Alberto.

ERCEDES Hasta pronto.

ESCENA X

Los mismos y AMERICANO segunda puerta derecha

MERI. *(Con apresuramiento.)* ¡Cupay...! ¿Dónde está el maestro...? ¿Le han visto ustedes?

NTONIA Ni ganas. *(Vanse última derecha Antonia y Mercedes.)*

MERI. ¡Macanudo, ché...! Pues sí que es contestación.

ALBERTO Bien. Diga qué le trae de bueno...

AMERI. Pues que precisa que le vea en seguidita.

ALBERTO Salió hace un momento. Quizá lo encuentre en el comedor.

AMERI. ¡Cupay...! Si viene, que no se mueva, que ahorita mismo vuelvo. *(Coge la capa y vase escalera.)*

ALBERTO ¡Dios mío! Qué tendrá que decirle el amigaso al pobre Ramón. Algo catastrófico. Seguro.

ESCENA XI

ALBERTO, RAMON y al poco AMERICANO, después PEPE

RAMON *(Primera puerta derecha.)* ¿Usted por aquí...?

ALBERTO Eso le iba a decir.

RAMON He ido a la Plaza llamado por el empresario... Pero no he podido verle.

ALBERTO Tengo que darle una mala noticia...

RAMON ¡Milagro...!

ALBERTO Casi nada, que Paulina está en Tarragona...

RAMON Ya lo sé... Acabo de dejarla... ¿Pero quién le ha enterado...?

ALBERTO Vamos por partes, primero explíquese usted...

RAMON Nada, que he instalado a ella y a su madre en el Hotel París, con orden de que no se muevan hasta que yo vaya por ellas. ¡Ah...! En cuanto a bigotes...

le apuesto lo que quiera que tiene más mi segunda suegra que la de usted.

ALBERTO Deje los bigotes y dígame: ¿Está usted seguro que todavía están en el Hotel París...?

RAMON Claro... Vaya una pregunta.

ALBERTO Se las trae más la respuesta, porque en este momento ya están instaladas en la Fonda de España, donde ha ido doña Antonia para presentarles a Mercedes.

AMON No puede ser.

LBERTO Pues se engaña usted... Estoy segurísimo... ¿A que usted se las daba de soltero ante Paulina...?

AMON Ya se lo dije a usted.

LBERTO ¡A que usted le dió palabra de casamiento!

AMON Pero no con ánimo de cumplirla.

LBERTO Vaya frescura... Pues sepa usted que han ideado un plan maquiavélico. Paulina estará aquí al salir la cuadrilla, dispuesta a reformarle el cutis y es de suponer que la de los bigotes no tendrá las manos quietas...

AMON ¿Será posible? Pero en fin, como no saldré con la cuadrilla...

LBERTO Claro, tendrán que modificar el programa, pero pierda usted cuidado, que donde le pillen, le remozan la fachada, y como fin de fiesta, su señora, con su mamá, se marcharán solitas a Lérida.

RAMON Bien, pues así me voy a tomar vistas desde el campanario de la Catedral.

LBERTO En lo único que estamos, como las propias rosas, es que su familia está más

convencida que nunca de que usted e el Cartujano.

RAMON Otro consuelo.

ALBERTO Y otra noticia...

RAMON Diga, diga usted, que ya estoy dispuest a todo.

ALBERTO Que le busca el Americano, y a juzga por su talante, lo que tiene que decirl no creo que sea para celebrarlo.

RAMON ¡Que se hunda el mundo de una vez... ¡Lo mismo me da un mimbre, que u cesto, que ciento...!

AMERI. *(Por la escalera.)* ¡Cupay! Por fin do con usted, amigaso.

RAMON ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre...?

AMERI. Chirotadas, tonteras, cosas originales muy extrañas, amigaso, que hacen indis pensable una enérgica determinación. L han salido a usted algunas personas qu tienen ganitas de chotearse, ¡cupay!, estoy descuajaringado, tanto, que acab de disgustarme con mi padrino. Tom mire qué telegrama se ha recibido co lamentable retraso... Lea usted.

RAMON No sé... Ni quiero.

ALBERTO *(Cogiendo el telegrama.)* A ver qu pasa. *(Lee.)* «Corrida hoy, cogida Cartu jano, imposible torear muchos días.»

AMERI. Quería visitar al Gobernador para qu indagara quién es el chirimoya que pus esto; pero usted es el más indicad ya que es a quien se dirige la broma qu ataca a la moral de su reputación, ¡cu pay!, y en prueba de que no me jance ante nadie, es que buscaré al guanaj guacarnacaco que nos da la guaca, y

RAMON Basta... *(Enfadadísimo.)* Basta... Yo n

sigo más por ese camino... Todo tiene un límite y aquí dió fin mi paciencia.

AMERI. ¿Qué le pasa, maestro...?

RAMON No señor, yo no soy maestro, ni he matado toros, ni vacas, ni soy capaz de matar un mosquito.

AMERI. ¿Qué dice el maestro...? Déjese, déjese de jaranas el amigaso.

RAMON Y usted no me llame más maestro, que ni lo soy, ni ganas de serlo y márchense que no quiero ver a nadie.

AMERI. ¡Cupay! ¿Pero va de veritas...?

ALBERTO Y tan de veritas.

RAMON Ya he tomado mis medidas y de ello podrá informarle Alberto.

AMERI. ¡Cupay! Qué chapandanza, amigaso, y dígame, dígame, ¿con qué cara me presento al padrino...? Si cuando lo sepa me bota y me manda a guabear.

RAMON Y a mí qué me cuenta usted...

AMERI. Es que la plaza está llenita, y ¡cupay!, si no fuera que el público quiere conocer al Cartujano, yo que no me echo nunca para atrás, me pondría al frente de la cuadrilla, a pesar de que son Miuras; pero a mí lo mismo me da unos toros que otros. Si la cosa se pone fea, les presento la espalda y en paz. Pero al público no se le puede porruñear ni hacerlo lo jaita, porque se armaría una guangara de mil cupais.

RAMON Y a mí plin. Abuse, abuse el amigaso, que pronto le perderé de vista.

AMERI. Usted habla de paporreta, amigaso, pero con la comucho y con el público no se juega... Y de que usted y yo vamos a la cárcel, ¡cupay!, no le quepa duda.

ALBERTO Claro, claro... Cuestión de orden público...

AMERI. Y a buena horita... ¡Cupay!, cuando nuestra gente se está arrelingando, arreglando, vaya...

RAMON Yo si que estoy bien arrelingado.

ALBERTO Ramón. Dicen que a grandes males, grandes remedios. Usted está dispuesto a suicidarse.

RAMON Más que resuelto...

ALBERTO Pues a solucionar, si no todo él peligro, la parte más importante. Vístase usted, se ponen ustedes al frente de la cuadrilla y a dar la corrida.

RAMON Vamos, no está del todo mal... Ni que me hubiera vuelto loco... Vamos, hombre... No faltaba más.

AMERI. Macanudo, ¡cupay! Así salimos los dos del compromiso.

RAMON No, hombre, no; eso nunca. Sería peor el remedio que la enfermedad, yo quiero una muerte dulce, pero no quiero una muerte lenta... Además, me acuerdo mucho de aquel cajón de gaseosas que costó la vida a mi papá suegro que en paz descanse, aunque no tuve el gusto de conocerle. *(Rumores en la calle.)*

ALBERTO Pero eso fué en el callejón y usted estará en el redondel...

PEPE *(Por la escalera.)* Señores, que la gente está arreglada y la calle está llena de público. *(Se va por el mismo sitio.)*

ALBERTO Decídase pronto... No hay tiempo que perder.

RAMON Si no torea usted...

ALBERTO ¿Yo...?

RAMON Hay días aciagos... Y hoy no veo más

que gaseosas por todas partes; además, que no me resulta morir de una cornada.

AMERI. Amigaso, usted no muere, se lo garanto, no es despapucho, y si el toro le charquea lo más mínimo, puede hacer de mí lo que quiera... Se lo garanto con mi cabeza.

ALBERTO Ya lo oye usted. Garantiza la neutralidad de su físico con su cabeza.

RAMON ¿Y para qué quiero yo su cabeza...? No y mil veces no.

AMERI. ¡Cupay! La solución es macanuda...

RAMON Pues Cupay y Macanudo se lo quita de la cabeza y se guarda la suya.

ALBERTO Pero, Ramón, por Dios, que la situación es muy comprometida...

AMERI. Se lo garanto con mi vida... Yo le espaldeo.

ALBERTO Ya ve, le garanta con su vida y le guarda las espaldas.

RAMON Sí, sí; hablar cuesta poco.

AMERI. Pero ¡cupay!, amigaso. ¿Es posible que prefiera usted que nos metan en la cárcel antes de la corrida...? ¿No le garanto ahorita mismo que no le va a ocurrir nada...?

RAMON No, no... Y además, que son dos corridas, la de hoy y la de mañana.

ALBERTO ¡Ah...! ¿Pero le preocupa la de mañana...?

AMERI. Ni que fueran ciento, ¡cupay!

RAMON Y nada menos que Miuras...

AMERI. No sea chivato el amigaso... La cornamenta, más o menos, es igual en todos, procure el amigaso no encontrarse con

los cuernos, se pone delante y detrás de mí, yo chito al toro y se lo garanto...

RAMON Vaya, que no y que no. *(Murmullos interiores y movimiento de la puerta del foro.)*

ALBERTO Ramón, que quedan muy pocos minutos.

AMERI. Fuera cominillo, que no le van a corchear, ¡cupay!

RAMON Pero ¿y cómo voy a matar...?

AMERI. Yo le baquiaré... Le guiaré, vaya, estando siempre al quite. Pero, amigaso, si torear es como jugar al atajaprimo.

RAMON Bueno, lo de primo, ni sin tajá, ni con tajá.

AMERI. Amigaso, es decirle que es cosa tan facilísima, como el baile atajaprimo que bailan en los ranchos.

RAMON Amigo Alberto, ahora que estaba decidido, veo que no puede ser, porque se presentará aquella mujer y...

ALBERTO Tiene usted razón. *(Rumores fuera.)*

AMERI. ¿Pero quién es...?

ALBERTO Eureka... No tema usted, me voy a la fonda y no las dejo salir. ¿Qué apellido tienen?

RAMON Campos.

ALBERTO Pues vaya usted tranquilo, que primero la estrangulo.

PEPE *(Escalera.)* Señores, que el público va a echar la puerta abajo. *(Mutis.)*

RAMON ¡Qué hago, Alberto...! ¡Amigo mío...!

AMERI. No se amilane, que la corrida será macanuda. *(Rumores fuera.)*

RAMON Bueno, ¿usted me responde de lo que pueda ocurrir?

AMERI. Se lo garanto, ¡cupay! con el amigaso. Bandéese y arrelínguese ahorita mismo

y no se achicute, no me sea ñongo, que no le harán la jaita, se lo garanto.

PEPE — Por Dios, que se armará la gorda. *(Mutis.)*

RAMON — Pepe... Voy en seguida... ¡Ah, pero en cuanto delante del toro me diga algo en americano, le estrangulo...! ¡Cupay...!

AMERI. — Macanudo, verá como es llegar y cortar escobas, dese prisa...

RAMON — ¡Dios mío, en Ti confío...! Y en usted, amigo Alberto...

ALBERTO — Palabra...

RAMON — Y en usted. *(Da la mano a Americano.)*

AMERI. — ¡Cupay! Con alma y vida, amigaso.

RAMON — Por si acaso, avise usted el viático y encargue los funerales.

ALBERTO — Ni mucho menos.

AMERI. — Nos vestimos en un momento.

ALBERTO — Y yo, a parar al otro toro. *(Vanse Ramón y Americano, escalera, y Alberto segunda derecha.)*

ESCENA XII

PEPE, SALTAMONTES, Sr. MIGUEL y ANTOÑITO, después PIMENTEL

(Rumores fuera. Pepe seguido de Saltamontes, baja por la escalera llevando un paquete de capas, muletas y estoques, que deja sobre la mesa. Sr. Miguel seguido de Antoñito, entran segunda dere-

cha. Antoñito viste de torero, con traje exageradamente holgado y una capa de percalina, tan larga, que la pisa muy a menudo y lleva por montera una chichonera.)

MIGUEL Anden, anden que ya es hora...

PEPE En seguida.

SALTA. Oye, tú, ¿y el pañuelo?

PEPE Calma, que todo se andará.

MIGUEL Mira, mira el picador, Antoñito.

SALTA. *(A Antoñito.)* ¿Y cómo va ese valor...?

MIGUEL Dice que bien, pero casi estoy arrepentido de dejarle debutar hoy.

ANTOÑITO Yo quiero...

MIGUEL Caramba con el niño... Y crean que no se parece a nadie de la familia, porque valiente no sé que haya salido ninguno.

SALTA. Por uno se empieza... *(Sale Pimentel último término derecha.)*

PIMENTEL A ver tú, golfante... Mi pañuelo.

PEPE *(Dándoselo.)* ¡Ahí va...! Y que San Antonio cuide de la integridad de vuestras humanidades.

PIMENTEL Que Dios te pague la buena intención.

PEPE Saltamontes... *(Le da un pañuelo. Rumores fuera.)*

SALTA. Voy volando...

PEPE Ya volarás después... Oye, Pimentel... Tápale bien los ojos, que con que te asustes tú sobra. *(Se entretiene repasando el contenido del paquete, mientras sigue el diálogo.)*

MIGUEL Pero ¿por qué no abren la puerta?

PIMENTEL A ver, neófito... Veamos la capa.

ANTOÑITO Yo me llamo Antoñito..., señor picador

MIGUEL ¿Parece un poco larga, verdad...?

PIMENTEL Mejor, mucho mejor. Mira, Antoñito, si en algún momento te vieras perdido, te envuelves en ella y mientras te estés quieto, el toro se volverá loco buscándote.

ANTOÑITO Que no...

MIGUEL Por si acaso..., yo te vigilaré desde el tendido.

PEPE ¿Y vosotros qué aguardáis...? Los caballos están en el patio...

PIMENTEL Anda, gandul... Y cuidadito con volver a las andadas.

SALTA. Qué pelmazo... Siempre lo mismo.

PIMENTEL Sí, ya verás como hoy me las pagas todas juntas... *(Vanse disputando segunda derecha.)*

PEPE Y a ustedes les aguardan por los altos.

MIGUEL Es que nosotros aguardamos al señor Americano.

PEPE Y él les aguarda seguramente a ustedes...

MIGUEL Anda, anda, hijo mío. Vamos... *(Vanse escalera.)*

PEPE A este chisgarabís le veo en el tejado de la plaza. Hola, las capitanas. *(Doña Antonia y Mercedes segunda derecha.)*

ESCENA XIII

PEPE, ANTONIA, MERCEDES y a poco LOLA

ANTONIA Ya estarán preparados...

MERCEDES Estoy temblando... Tengo frío...

ANTONIA *(A Pepe.)* Oiga, ¿falta mucho todavía...?

PEPE Ahora mismo... Ahí tengo las herramientas... *(Lleva la mesa y sillas a un rincón y vase con paquete por escalera. Entran cuatro monosabios por la segunda derecha y salen por la escalera.)*

ANTONIA Mejor... Con tal que Lola no llegue tarde...

MERCEDES No sé qué sería mejor... *(Rumores y movimiento de puerta.)*

ANTONIA Sienten tanta impaciencia como yo. Mientras se acicala para postinear, como dicen ellos, no presumirá la que le espera... ¡Dios mío y cuánto tarda Lola!

MERCEDES No creo que falte... *(Lola, segunda derecha.)*

LOLA Doña Antonia, doña Antonia.

ANTONIA Gracias a Dios... Ya está aquí...

LOLA He sido puntual, ¿verdad...? ¿Dónde nos colocamos?

ANTONIA *(Indicando primer término derecha.)* Aquí y bien. ¿Afiló usted las uñas?

LOLA Verá usted cómo se acuerda de mí mientras viva... el gran sinvergüenza.

MERCEDES ¿Y dónde le conoció usted, señora...?

LOLA En Zaragoza... En las fiestas del Pilar.

MERCEDES Nunca nos dijo nada de Zaragoza...

LOLA Y simular que era andaluz... Ya verá usted como pierde el ceceo...

ANTONIA Ya abren... *(Se abre la puerta por completo, precipitándose en escena mucha gente que ponen en orden dos o tres guardias. En la parte exterior se ve a Pimentel y Saltamontes montados a caballo y a los músicos de una charanga. Por el foro, se ve a lo lejos la Plaza de Toros.)* Ojo avizor, que llegó el momento... Y a ver si se porta usted como las buenas...

LOLA Lo que es hoy, no mata. Le mato yo.

MERCEDES ¡Ay, mamá..., sufro mucho...!

ANTONIA ¡Qué tonta eres...! *(Paso doble torero por la charanga que está en la calle, la cuadrilla desciende por la escalera y el público aplaude. Al frente van Ramón y Americano vistiendo el traje de luces y capote de paseo, les siguen otros toreros y Antoñito formando pareja con el señor Miguel, los dos andando a lo torero y siguiendo el compás de la música. Finalmente los monosabios y Pepe con el lío de capas, muletas y estoques. Al llegar cerca de las candilejas se dirigen a la calle por donde desaparecen seguidos de la charanga y del público.)*

ANTONIA *(A Lola.)* ¿Pero qué hace usted...? ¿En qué piensa...?

LOLA Qué...

ANTONIA ¿Pero no le ha visto usted?

LOLA Si no es él...

ANTONIA ¿Cómo...?

LOLA Señora, usted se ha burlado de mí...

ANTONIA Pero oiga usted...

LOLA — Vaya usted a paseo... *(Vase foro.)*

MERCEDES — Y ahora qué dices, mamá... ¡Pobre Ramón! *(Vanse discutiendo detrás de la cuadrilla, aplausos interior.)*

PAULINA — *(Saliendo por la segunda derecha con mantilla blanca, seguida de Polonia, que cojea y lleva mucho bigote.)* Dese prisa, mamá, que ya se van.

POLONIA — No corras tanto, hija mía, que no puedo contigo. *(Se van siguiendo a la cuadrilla.)*

ALBERTO — *(Por la primera derecha y dirigiéndose al foro.)* No he podido encontrar a Paulina por ninguna parte. *(Deteniéndose al ver a Paulina.)* ¡Mal rayo! La Susana con su madre. ¡Su madre! *(Sale corriendo por la escalera.)*

(TELON RAPIDO)

Nota.—En los escenarios pequeños, a juicio del director, puede suprimirse la banda, tocando en la orquesta el pasodoble, y también pueden suprimirse los caballos.



ACTO TERCERO

Comedor en el primer piso de la fonda. Puerta al foro y cuatro laterales.

Una gran mesa en el centro preparada para la cena. Primer término un sillón a la derecha y otro a la izquierda, otros muebles y adornos propios del comedor de una fonda provinciana.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO por el foro derecha

ALBERTO En la habitación de Ramón no hay nadie... A ver si la familia sabe algo... *(A la primera derecha.)* Doña Antonia... Doña Antonia... Sí, a la otra puerta. Pero Dios mío, qué es lo que habrá ocurrido... En la fonda de España no conocen a la tal Paulina... Yo he hecho cuanto buenamente he podido, pero si ha tenido lugar la hecatombe anunciada por doña Antonia, que sí habrá tenido, Ramón me considerará un fresco, sin tener yo la culpa. Sólo falta un encon-

tronazo con Susana y su madre y que a Ramón le haya destrozado un toro, para que la comedia tenga un final trágico en toda forma.

ESCENA II

ALBERTO y Sr. MIGUEL por el foro derecha

MIGUEL (*Cojeando, con extremada fatiga y sin sombrero.*) Gracias a Dios...

ALBERTO Señor Miguel...

MIGUEL Con su permiso... (*Sentándose a la derecha.*)

ALBERTO ¡Yo le creía a usted en la plaza...?

MIGUEL No me hable usted de la plaza.

ALBERTO ¿Se siente usted mal?

MIGUEL Peor. Ya no fabricaré más patatas fritas

ALBERTO Aprensión.

MIGUEL Hasta esta tarde, a poco más de las cuatro y media, no he sabido lo que era el amor de padre...

ALBERTO ¿Le ocurrió algo a su hijo...?

MIGUEL Lo ignoro. Pero o yo no sé de matemáticas o me lo van a traer en una espuerta.

ALBERTO Y eso...

MIGUEL Tan hermoso como estaba. ¡Ay, pobre de mí...! Y qué disgusto tendrá su nodriza...

ALBERTO Pero ¿no dice usted que no sabe nada...?

MIGUEL Exactamente no, pero adivino que ya estará en la gloria junto a su madre.

ALBERTO Señor Miguel, por Dios, acabe usted de una vez... ¿Qué ha ocurrido...?

MIGUEL Es tan horrible, tan monstruoso, que no sé por dónde empezar.

ALBERTO Calma, señor Miguel, mucha calma.

MIGUEL Calmarme... Si no es posible... Figúrese usted, amigo don Alberto, que después de recorrer las principales calles de la ciudad, provocando el entusiasmo de la gente, llegamos a la plaza que ya estaba llena hasta los topes. Se quedó la cuadrilla en un patio, y un tío con muchos galones, que no cesaba de reír, me colocó en el tendido de sol, en lo cual ya han faltado, porque no es digno del padre de un diestro, sentarlo entre un marinero que me atufaba con el humo de su cachimba y una flamenca que me pellizcaba una pantorrilla. Al poco rato rompió la música y salió la cuadrilla, destacándose entre todos mi Antoñito, tanto por su juventud, como por sus andares toreros. Tan pronto el presidente enseñó su pañuelo, al son de trompetas y timbales abrieron el *chicuelo* y salió el primer toro... Qué torazo, don Alberto, qué torazo y qué cuernos... Parecía que no tenían fin... Escarbó la arena, lanzó un rugido amenazador y arremetió a gran velocidad contra el pobre caballo que montaba Pimentel, y en menos de que lo cuento, caballo, toro y picador formaron un montón informe, que dió con tal ímpetu contra la barrera, que casi les espachurró; Antoñito, que estaba

cerca, asustado, tiró la capa, y pies para qué os quiero, hasta que el Americano corrió tras él como un loco para sujetarlo, y entonces, no pudiendo contener la explosión de mis sentimientos paternales y adivinando un cataclismo, intenté descender al ruedo, pero los bárbaros que estaban detrás de mí, empezaron a vociferar «sentarse», «sentarse»; mas yo sólo veía a mi Antoñito, que lívido como un difunto, se había agarrado con los dientes al brazo del señor Cupay, quien lo llevaba casi arrastrando al sitio donde había tirado la capa... Loco de terror, por aquel cuadro que jamás se borrará de mi memoria, quise pasar por encima de las cabezas calientes por el sol, que parecían un puesto de melones en pleno verano... Quedé privado, y al recobrar mis sentidos, me encontré fuera de la plaza, sin sombrero y en medio de un batallón de guardias, que poco cariñosamente me empujaban, entre un barullo inmenso de público y coches...

ALBERTO — Pobre señor Miguel.

MIGUEL — Quería volver, pero desorientado, he ido vagando, hasta dar con las murallas romanas, que es cuando me he dado cuenta que lo más práctico, era venir a la fonda a esperar los acontecimientos. En fin será lo que Dios quiera, pero yo me lavo las manos como Pilatos. El lo quiso pues que él lo pague. Si ha muerto, que es lo más seguro, venderé la fábrica y a vivir, si después de tantos sobresaltos me quedan alientos para ello. *(Se levanta y anda cojeando.)*

ALBERTO Calma, mucha calma, señor Miguel. Se comprende que el chico al primer momento se haya asustado, pero después... Allí está el Americano que le respondió con su cabeza, que su hijo no recibiría la más leve rozadura.

MIGUEL ¿Y qué hago yo con la cabeza del Americano...?

ALBERTO Lo que debe usted hacer es cuidarse. ¿Y qué le ha ocurrido, que anda cojo?

MIGUEL Un pisotón que por poco me destroza un pie...

ALBERTO ¡Qué bruto...!

MIGUEL Ha sido un caballo.

ALBERTO Póngase usted algo...

MIGUEL ¡Si quisiera usted ayudarme...!

ALBERTO Con mucho gusto... Y oiga, ¿estaba usted cuando salió la cuadrilla de la fonda?

MIGUEL Claro..., como que iba con ellos...

ALBERTO ¿Y no ocurrió ningún incidente...?

MIGUEL No, los accidentes han sido en la plaza.

ALBERTO ¿Ninguno de los toreros sostuvo un altercado con una señora...?

MIGUEL No ha ocurrido absolutamente nada.

ALBERTO ¿Está usted seguro...?

MIGUEL Y tan seguro... ¿Por qué me lo pregunta usted?

ALBERTO Por... por capricho...

MIGUEL Si no fuera molestarle, el pie me duele mucho y desearía...

ALBERTO A sus órdenes.

MIGUEL Vamos, vamos. No sé si tendré paciencia para esperarles...

ALBERTO No tema usted, señor Miguel, que no ocurre nada malo.

MIGUEL Claro, usted está muy tranquilo.

ALBERTO No tanto como usted supone, pero cuan-

do nos reunamos en la mesa para cenar con música, se olvidará todo.

MIGUEL ¿Pero es que cenaremos con música? *(Vanse segundo término derecha.)*

ESCENA III

RAMON y COCHERO por la segunda izquierda, después JEFE DE COMEDOR

(Ramón lleva la capa debajo del brazo, una manga de la taleguilla descosida, un roto en el pantalón y el traje sucio simulando los revolcones sufridos. Detrás un cochero con la fusta en la mano.)

RAMON Entra, amigo mío, entra y aguarda un momento. *(Toca el timbre.)*

COCHERO A sus órdenes, señorito.

JEFE *(Por el foro izquierda.)* ¿El señor ha llamado?

RAMON Sí. ¿Están las señoras...?

JEFE Han salido... *(Aparte.)* ¡Cómo viene!

RAMON Oye. Dame cinco duros.

JEFE Los pediré en el despacho.

RAMON Pues date prisa.

JEFE ¡Qué habrá ocurrido en la plaza...! *(Vase foro izquierda.)*

RAMON Es cosa de un momento. Has sido mi salvador y te estoy muy agradecido, porque no has reparado en reventar el caballo. Siéntate... Siéntate... amigo mío *(Cochero se sienta primer término iz-*

quierda.) Decididamente..., ni que me ahorquen tomo parte en la corrida de mañana. Los sobresaltos de hoy, me costarán una enfermedad. Que me metan en la cárcel o que me fusilen. Me da lo mismo.

JEFE *(Por el foro izquierda.)* Aquí tiene usted.

RAMON Está bien. *(Lo coge.)* Toma, amigo mío, dos duros por la carrera y los otros tres en pago del cristal. El adoquín que tiraron quedó en el coche y puedes guardarlo como recuerdo eterno.

COCHERO Muchas gracias, señorito. *(Cochero vase segundo término izquierda.)*

RAMON ¿Dejaron la llave en su cuarto las señoras...?

JEFE Si es por la ropa, la hicieron bajar al cuarto de usted.

RAMON ¡Ah... sí..., mejor! ¿Y don Alberto?

JEFE No le he visto.

RAMON Está bien... *(Vase foro derecha.)*

ESCENA IV

JEFE, Sr. MIGUEL, ALBERTO y al poco Doña ANTONIA y MERCEDES

JEFE A mí no me la da... Este fulanito ha huído de la quema... *(Mutis foro izquierda, al mismo tiempo que salen señor Miguel y Alberto por el segundo término derecha.)*

MIGUEL — Mil gracias. Me siento mucho mejor. Ya sólo me preocupa el volver a la plaza

ALBERTO — Yo de usted no iría... Créame a mí señor Miguel.

MIGUEL — Calcule usted lo que puede haber ocurrido desde que me echaron.....

ALBERTO — Pero hombre de Dios... ¿qué quiere usted hacer allí...? ¿Sufrir más todavía?

MIGUEL — Si usted fuera el padre de mi hijo... ya veríamos.

ALBERTO — Allí está Ramón y no deja de tenerme intranquilo...

MIGUEL — Pero el Cartujano, es un gran torero.

ALBERTO — ¡Ah...! Eso sí...

MIGUEL — Mientras que mi Antoñito, en su vida se había visto en esos trotes. Por supuesto, que yo tengo la culpa de todo por haberme dejado engatusar por e maldito Americano. Hacerlo debutar hoy... y con Miuras, nada menos que con Miuras...

ALBERTO — La cosa, sea como sea, ya no tien remedio.

MIGUEL — Don Alberto, por lo menos quiero sali a la calle a ver lo que cuentan.

ALBERTO — Como usted quiera, pero... *(Doña Antonia y Mercedes por la segunda izquierda.)*

MERCEDES — Mire usted, mamá, don Alberto y e señor Miguel.

MIGUEL — ¿Llegan ustedes de la plaza?

ANTONIA — En este momento, no...

ALBERTO — ¡Qué tal, doña Mercedes!

MERCEDES — ¿Hay novedades?

ALBERTO — Sí... *(Hablan bajo.)*

MIGUEL — ¿Hace mucho rato que salieron ustedes

ANTONIA — Bastante, pues quería hablar con el t

rero del llanto y no me ha sido posible.

MIGUEL Y diga, diga usted, buena señora, si tienen alguna noticia. ¿No han oído nada...?

ANTONIA Oir, sí; muchas risas, muchos gritos y muchos silbidos...

MIGUEL ¡*Mi* madre...! ¿Y no decían si había muerto mi hijo...?

ANTONIA ¿Pero estaba en la plaza y toreando?

MIGUEL Claro... ¿No se fijó en nosotros al salir la cuadrilla...?

ANTONIA Yo no...

MIGUEL ¿Y usted tampoco, doña Mercedes...?

MERCEDES *(Dejando un momento a don Alberto.)* Tampoco, no he visto nada...

MIGUEL Y yo que creía que todos nos miraban...

ANTONIA Otras preocupaciones teníamos.

MIGUEL Bien, perdonen ustedes... Me voy en busca de noticias.

ANTONIA Vaya, vaya usted y ya nos las contará luego. *(Vase señor Miguel foro derecha.)*

ALBERTO Oiga usted, doña Antonia, ¿no le parece muy raro que aquella mujer no conociera a Ramón...?

ANTONIA Me extrañó al principio, pero luego he visto la combina.

ALBERTO ¿Combina...?

ANTONIA No soy tan tonta como parece, Alberto...

ALBERTO Pues yo no entiendo ni jota.

ANTONIA ¿Que no lo comprende usted? Dígame. ¿Usted juraría por la salud de sus hijos, que no ha dicho nada a Ramón...?

ALBERTO Yo le diré... Verá usted...

ANTONIA *(A Mercedes.)* ¿Qué te parece...? ¿Estás convencida...? Si a mí el que quiera engañarme...

MERCEDES Nunca podía esperar de usted tan incalificable proceder, Alberto.

ALBERTO Alto ahí... Si algo he dicho, ha sido porque estaba más que persuadido de la inocencia de Ramón; lo cual acaba de comprobar la tal Paulina, que tanto tenía que hacer y decir, y al encontrarse frente a Ramón ni ha hecho ni ha dicho nada.

ANTONIA ¿Pero se puede saber a qué Paulina se refiere usted?

MERCEDES ¿Otra...?

ALBERTO Me refiero a la que ustedes han visto y que tenía que armar la escandalera padre.

ANTONIA ¿De manera que son dos las amiguitas...?

MERCEDES Mamá, por Dios.

ALBERTO ¿Pero usted no me ha dicho que la interfecta se llamaba Paulina?

ANTONIA ¿Yo...?

MERCEDES Vamos, mamá..., no porque Alberto se haya confundido tienen que ser dos, con una basta.

ALBERTO Una confusión natural.

MERCEDES En lo que procedió usted mal, es en comunicar a Ramón la trama proyectada para esclarecer los hechos.

ANTONIA Claro... Avisado el señorito, se lo habrá contado todo a ella y con cuatro zalamerías se han conchabado para dejarnos en ridículo.

ALBERTO No, eso no; porque le juro a usted que cuando he enterado a Ramón no le quedaba más tiempo que el preciso para vestirse y ponerse al frente de la cuadrilla.

ANTONIA Entonces la ha visto usted..., no lo niegue...

ALBERTO Por mis hijos, como usted quería, le juro que ni la he visto, ni la conozco siquiera.

MERCEDES ¿Ve usted, mamá...?

ALBERTO Dudar del buenazo de Ramón, mientras esté quizá derramando la sangre por la patria entre las astas de un Miura.

MERCEDES Por Dios, no diga usted eso... que me dan escalofríos.

ANTONIA Bien, bien; luego iremos a la de marras a preguntarle por la moña y en cuanto diga que tampoco la conoce, le arranco el moño.

ALBERTO *(Aparte.)* No debe ser Paulina.

MERCEDES Pero, mamá..., yo quisiera saber de Ramón... ¿Por qué no vamos a la plaza?

ANTONIA Iremos... Porque quiero hablar con el Americano.

MERCEDES Sí, pero mientras...

ALBERTO ¿Quieren que vaya yo...? Aunque no creo tarde en traernos noticias el señor Miguel...

MERCEDES Si usted quisiera, se lo agradecería mucho... Hágame el obsequio, Alberto, que estoy intranquila.

ALBERTO Con mucho gusto... Voy en seguida... *(Vase, segundo término izquierda.)*

ANTONIA Estamos perdiendo el tiempo...

MERCEDES Mamá, por Dios... ¡Quién sabe...!

ESCENA V

Las mismas y a poco PAULINA y JEFE por el foro derecl

ANTONIA De que Alberto sólo intenta salvar su amigo, no te quepa duda...
JEFE Si quiere usted aguardar aquí...
PAULINA Lo mismo da.
JEFE Pues vuelvo en seguida. *(Se va por foro izquierda.)*
PAULINA ¿No les causaré molestia, verdad, señ ras?
ANTONIA Ni mucho menos... Esta es la casa todo el mundo.
PAULINA Como después de la corrida se marc tanta gente, sólo espero saber si queda una habitación disponible. *(Se sienta llón derecha.)*
MERCEDES Sí, es fácil.
PAULINA Y ustedes... ¿no han ido a los toros.
MERCEDES No..., no, señora.
ANTONIA Por lo visto lo mismo que usted.
MERCEDES Yo sufro mucho en la plaza.
PAULINA Los toros son mi pasión y he senti no ver la corrida... Tenían que mand me un palco... y por lo visto se per el recado y el recadero... Y como en despacho no había nada...
ANTONIA Claro..., llegó tanto forastero...
PAULINA Una barbaridad. Calculen ustedes que caballero que tenía que mandarme

palco, que por cierto se hospeda en esta fonda, la noche pasada durmió en un colchón sobre los hornillos de la cocina.

MERCEDES Con mi marido hemos tenido que dormir en la habitación del conserje... y gracias.

PAULINA *(Aparte.)* Debe ser la loca. ¿Acaso es usted la señora que estaba encerrada poco antes de salir la cuadrilla...?

MERCEDES Sí, yo misma. Se había escapado un toro.

ANTONIA ¡Tonta...!

PAULINA *(Aparte.)* ¡Infeliz...!

ANTONIA ¿De dónde tenía que salir el toro...?

PAULINA Claro...

MERCEDES Me lo dijo mi marido.

ANTONIA Sí, sí, fíate de tu marido...

PAULINA ¿Está usted casada...?

MERCEDES Sí, señora, con el Cartujano.

PAULINA *(Aparte.)* De remate... *(Alto.)* Me alegro muchísimo.

ANTONIA Yo creo que no es para alegrarse...

PAULINA Verdaderamente causa tristeza su situación.

MERCEDES Por lo visto usted sabe algo. La suplico que me diga cuanto sepa.

PAULINA *(Aparte.)* Seguiremos la corriente. *(Alto.)* Sé..., sé lo mismo que sabe su mamá. ¿Supongo que usted será su mamá...?

ANTONIA Sí, señora; ya lo ves, hija mía, ¿no te lo decía yo...? Si ya es del dominio público.

MERCEDES ¿Pero es posible...?

ANTONIA Y tan posible... ¿Se llama Lola, la que se refiere usted, verdad?

PAULINA Eso es. Se llama Lola.

MERCEDES ¡Dios mío...!

ANTONIA Calma, hija mía, calma, que una separación lo resolverá todo.

PAULINA Claro...

MERCEDES Yo me moriré... de rabia y de vergüen-za, mamaíta.

JEFE *(Foro izquierda.)* En el despacho le darán a usted el número de una habitación que esta noche quedará libre. *(Vase foro izquierda.)*

PAULINA Voy en seguida. Si en algo puedo serles útil, voy en busca de mi mamá y aquí estaremos a sus gratas órdenes.

ANTONIA Y nosotras a las de ustedes...

MERCEDES Adiós, señora...

PAULINA Pobrecita..., procure distraerla.

ANTONIA Qué remedio me queda...

PAULINA Todos tenemos nuestra cruz.

ANTONIA Pero la de ella es muy grande.

PAULINA ¡Qué lástima, tan simpática...! Conformidad, señora... Hasta en seguida.

ANTONIA Adiós.

PAULINA *(Aparte.)* De remate, pobrecita, de remate. *(Vase foro izquierda.)*

ESCENA VI

Doña ANTONIA y MERCEDES

ANTONIA Supongo que te habrás convencido.

MERCEDES Mamá, no puedo más. Vámonos a ve a Lola y luego al torero de Bueno Aires... Quiero tener pruebas, mucha

pruebas, para lavar mi afrenta confundiéndole delante de todos.

ANTONIA Aguarda por lo menos a Alberto.

MERCEDES Valiente trucha..., yo no aguardo a nadie.

ESCENA VII

Las mismas y ALBERTO por la segunda izquierda y luego el JEFE por el foro izquierda

ALBERTO He mandado a un chico a la plaza...

ANTONIA Lástima de viaje...

ALBERTO ¿Pues...? ¿Ocurre algo nuevo...?

ANTONIA Que Ramón le pinta a usted lo blanco negro y que su traición ha resultado un hecho.

ALBERTO Señora, por Dios... ¿Es que hay algún dato más?

ANTONIA Y tanto. *(Toca el timbre.)*

ALBERTO Digan, digan, cuenten ustedes.

ANTONIA ¿Para qué...? Puede informarle de todo una señora que está en el despacho.

JEFE *(Foro izquierda con una moña en la mano.)* ¿Llamaban ustedes?

ANTONIA Sí. Diga usted a la señora que está en el despacho, que haga el favor de subir. ¿Qué lleva usted en la mano?

JEFE Una moña que acaba de dejar doña Lola para que la mandemos a la plaza...

MERCEDES ¡Dios mío...!

ANTONIA ¡Qué cinismo...! *(Al Jefe.)* Puede usted

retirarse. *(Le quita la moña.)* Ya iremos nosotras a llevarla.

JEFE — Como quiera la señora... *(Vase foro izquierda.)*

ANTONIA — ¿Qué dice usted a todo esto, Alberto...? A ver, conteste usted.

ALBERTO — Pero ¿están ustedes seguras que es la misma que faltó de su casa...?

ANTONIA — Contéstale, Mercedes.

MERCEDES — La misma... Vamos, vamos, mamá, que quiero saberlo todo...

ANTONIA — Lo que es esta Lola, sabrá que conmigo no se juega. Sabrá el gusto que tiene una moña. Hasta luego. *(Vanse por la segunda izquierda.)*

ALBERTO — Dios las acompañe y les dé calma y resignación.

ESCENA VIII

ALBERTO, después JEFE

ALBERTO — *(Pausa.)* Está visto que la madeja no hay quien la desenrede. Ya no cabe duda que Paulina usa también el nombre de Lola. Lo de la moña no deja lugar a dudas.

JEFE — *(Foro izquierda.)* La señora se había marchado...

ALBERTO — ¿Se había marchado?

EFE Pero volverá porque ha tomado habitación.

LBERTO ¿Y no sabes dónde poder encontrarla... ni cómo se llama?

EFE Donde encontrarla, no; pero se llama Paulina Campos.

LBERTO ¿Y es la que hablaba aquí con las señoras?

EFE La misma, señor... ¿Quiere usted algo más...?

LBERTO No, nada. *(Vase Jefe foro izquierda.)* Ay, ay, ay... Quién me compra un lío... Son dos. Paulina es la amante de Ramón y Lola la del verdadero Cartujano.

ESCENA IX

LBERTO, Sr. MIGUEL, luego PEPE, después toreros, todos foro derecha

IGUEL *(Foro.)* Don Alberto. ¡Ay, pobre hijo mío...! Mis presentimientos eran ciertos.

LBERTO Diga, diga, ¿sabe usted algo...?

IGUEL ¿Que si sé algo...? Casi nada. Dicen que todos los de la cuadrilla han muerto y que han salido cuatro camillas para el hospital.

LBERTO Siempre se exagera...

GUEL Creo que me han ocultado algo para que no me alarmara... ¡Pobre, pobre Antoñito

de mi alma...! *(Pepe entra foro sin poder contener la risa.)*

PEPE. ¡Ay, no puedo más!

MIGUEL. Y se ríe... Diga, diga usted, ¿y de la plaza qué...?

ALBERTO. Pepe, Pepe, ¿qué ha ocurrido en la plaza...?

PEPE. *(Riendo desaforadamente.)* ¡Ay... yo me muero...! Permitan que me siente..., no puedo sostenerme. *(Se sienta sillón izquierda.)* Qué barbaridad, cuando hoy no he muerto, no moriré nunca.

ALBERTO. ¿Vienes de la plaza...?

PEPE. Sí, digo, no sé si todavía será plaza..

MIGUEL. ¿Qué dices...?

ALBERTO. Pero hombre de Dios ¿quieres habla claro...?

MIGUEL. ¿Y mi hijo...? ¿Qué ha sido de m Antoñito?

PEPE. A las primeras de cambio lo han elevad a respetable altura...

MIGUEL. ¡Virgen Santísima...! Voy volando...

PEPE. Usted también... No, hombre, no, no e apure..., que cayó encima del que tocab el bombo.

MIGUEL. Voy, voy allá...

PEPE. Pero si ya vienen... Y bien acompañ dos... a pedrada limpia.

MIGUEL. ¡Dios mío de mi alma, Virgen de lo Desamparados...! El único hijo que t nía. *(Vase foro derecha.)*

ALBERTO. ¿Y Ramón...?

PEPE. *(Levantándose.)* ¿Qué Ramón...?

ALBERTO. Qué Ramón va a ser, el Cartujano.

PEPE. Este es un vivales..., escurrió el bul echando bombas, en el momento m

culminante. Han dicho que tomó un coche.

ALBERTO Pero, dime... ¿le has visto matar algún toro...?

PEPE Como el americanismo se lleva mucho, cedió el primero al Cupay, y claro está que habiendo terminado la corrida antes de la muerte del segundo, no hemos tenido ocasión de apreciar sus facultades en la hora suprema...

ALBERTO Bien, déjate de historias y al grano...

PEPE Si no ha ocurrido casi nada... Al pobre Pimentel a los dos segundos de salir el primer bicho, han tenido que llevarlo a la enfermería, con un bulto en la cabeza del tamaño de una sandía. Saltamontes, al ver la tarde de mal agüero, salta del penco que montaba y empieza a vociferar en el callejón, protestando de que no era lo convenido, que él picaba novillos, pero no toros añejos...

ALBERTO ¿Pero eran toros...?

PEPE Ni mucho menos, el primero, digo la primera, era una vaquilla, que la he visto muchas veces en Barcelona en una vaquería de la calle Petrichol.

ALBERTO ¡Pero qué toreros!

PEPE Pero si estos desgraciados son una cuadrilla de bandidos y no de toreros. Al poco rato de salir la vaca, ya había empitonado a cuatro o cinco, entre ellos a Antoñito, y no es chungueo, fué a caer donde la banda, y si el del bombo no está al quite, seguro se queda sin parches.

ALBERTO Pero ¿y Ramón...?

PEPE Calma, que ya llegará su turno... Se

apoderó de todos una jindama indescriptible, arreciaron las protestas del público, y al cambiar la suerte fuimos de mal en peor. Uno cogió los palitroques, los tiró al bicho desde respetable distancia y acertó a clavarle una banderilla en el hocico, y otro desgraciado, por no quedar corto le clavó el par en el rabo. El público se contuvo algo, aguardando la hora suprema. Cogió los trastos el Cartujano, y presumiendo mientras la vaquilla tomaba tranquilamente el sol, después del postineo consiguiente y contoneándose como los buenos, los cedió al Americano, quien con el trapo en la mano izquierda se dirigió al animal... Expectación... y desilusión...

ALBERTO ¿No supo lucirse?

PEPE Ca, qué pases..., qué trasteo..., aquello no eran pases, ni trasteo, ni nada... Sudaba el quilo, y temblando, azorado, a cada momento volvía la espalda al toro. El pitorreo fué tan enorme, como la lluvia de naranjas y botellas. Una botella fué a dar en la espalda del Americano, pero se envalentonó el Cupay y se arrancó a toro parado cerrando los ojos y resbaslando el estoque por los costillares del pobre animalito, lo hundió tres cuartas en la arena y con el resbalón se metió la empuñadura por la boca del Americano. Entonces se puso todavía más ciego y como si quisiera comérselo y dándoselas de guapo, arrolló la muleta y tirando hacia atrás la montera, con un movimiento así de cabeza *(Lo hace.)* fué directo al bicho, y a

paso de banderillas le metió medio estoque por el ojo derecho...

ALBERTO ¿Y luego?

PEPE El animalito decidió acostarse, avergonzado de la frescura del Cupay... Entonces se armó la gorda, confundiéndose en el aire las frutas con las botellas y las patatas con los apios, mientras la cuadrilla entera, por orden de atrevimiento, pasaron diez minutos, reloj en mano, para clavarle la puntilla... El toque de clarines y timbales apaga paulatinamente la indignación pública..., pisa la arena un novillejo, flacucho, pero bien armado y nerviosillo. Otra vez cual si fueran peleles, a granel van los toreros por los aires... Silba y escandalazo número mil... Tocan a banderillas... y el público deseando quitarse el mal sabor de la faenita del de América, pide que las clave el Cartujano.

ALBERTO ¡Dios Santo..., pobre Ramón...!

PEPE La banda la emprende con las patrióticas notas de la marcha de Las Corsarias, el público aplaude, y cuando parecía sorteado el conflicto, el Cartujano se emperra en no banderillear, el público insiste, y al maestro no se le ocurre otra cosa que mover el melón negativamente... Arrecia entonces con mayores bríos la lluvia de efectos.

ALBERTO Pero qué situación.

PEPE El de las Américas, viendo el mal cariz que volvía a tomar la protesta, coge un par de banderillas y se las ofrece con mucha cortesía al Cartujano, quien, al fin, las acepta, y acompañado del

Americano, con más miedo que vergüenza, se dirige al novillejo que estaba como si le hubieran clavado en el centro de la plaza. Al estar cerca, quizá demasiado cerca, le cita el torero del Cupay, pegando con el capote sobre la arena, y el bicho, cual si no hubiera esperado más que aquella provocación ultramarina, arremete como un rayo, les sorprende, se asustan, resbala el animal... y caen los tres convertidos en una madeja... Al levantarse, sale el toro de estampía, el Cartujano se levanta con la taleguilla y el pantalón roto, comiéndose con la vista los riñones del Americano..., y el pobre Cupay fué quien llevó la peor parte, porque del lío salió con las dos banderillas clavadas en la espalda, de forma que parecía el Angel de la Anunciación. Entonces, la guasa tomó proporciones gigantescas, y lo que decía el público contra la cuadrilla y sus familias respectivas, no es para contarlo. Gracias a la protección de la Guardia Civil, creo podrán llegar a la fonda, y por eso me he adelantado, para darme el gustazo de verlos llegar y volver a reírme a mandíbula batiente, como no creo repetir, en todos los días de mi vida, per in sécula, seculorum. Amén.

ALBETRO — Pero cogida grave ¿hubo alguna...?

PEPE — No, la única sangre derramada salió de la espalda del Americano. Si en Tortosa les pasó lo mismo... A todos los metieron en la cárcel.

ALBERTO — Lo que me extraña es que Ramón no esté aquí.

PEPE — Le han visto tomar un coche... y salir a escape... *(Rumores. Interior.)* Ya está aquí la cuadrilla... *(Van foro.)*

ALBERTO — Pues... a ver si haces el favor de no reírte.

PEPE — No sé si podré contenerme. *(Vuelven proscenio, al poco salen foro derecha los toreros, unos con la cara ensangrentada y otros cojeando, dirigiéndose segundo término izquierda.)* Vea, vea usted si vienen deteriorados. *(Señor Miguel, foro, llevando a Antoñito inmóvil sobre la espalda, como si fuera un saco. Detrás Jefe.)*

ESCENA X

Los mismos, cuadrilla, Sr. MIGUEL, ANTOÑITO y JEFE

MIGUEL — Socorro..., a ver un cura... Que llamen a un cura...

ALBERTO — ¿Y para qué le quiere usted?

PEPE — Querrá casar al chico.

MIGUEL — Por favor, acérquenme un sillón...

ALBERTO — Con mucho gusto. *(Sientan a Antoñito que va lleno de barro y con la cara arañada.)*

MIGUEL — Ya lo ven ustedes... muerto y bien muerto...

ALBERTO — No, señor Miguel, no está muerto.

PEPE — Es la jindama... No ve usted que respira...

MIGUEL ¡Dios le tenga en su santa gloria...!
PEPE Si está en el Limbo... Mire usted cómo bosteza.
MIGUEL Sí, el bostezo de la muerte... ¡Y no haber un cura por aquí...!
PEPE De hambre es lo que bosteza, que con el delirio de los toros no probó bocado
ALBERTO Antoñito... A ver el vinagre...
MIGUEL ¿Ve usted cómo no contesta...? *(Jefe, da vinagre a Alberto, el cual frota las sienes de Antoñito.)*
PEPE Antoñito... ¿No me conoces...?
ANTOÑITO *(Abriendo los ojos.)* Yo quiero churros...
MIGUEL Monín... Hijo de tu padre... Yo te daré churros..., hijo de mi alma. Ay, qué contento estoy...
ANTOÑITO Quiero ir a casa...
MIGUEL Ya iremos, preciosidad... Has visto... por no hacerme caso...
PEPE *(Al Jefe.)* Anda y trae churros, que los pide el fenómeno. *(Jefe vase y vuelve con un atadillo de churros que da a Antoñito.)*
MIGUEL Di, reyecito mío, ¿qué te duele, qué te duele...?
ANTOÑITO La oreja...
MIGUEL ¿Cuál?
ANTOÑITO No lo sé...
PEPE El bombo sí que ha estado en peligro de muerte... ¿Qué, ya no quieres ser torero, Antoñito...?
ANTOÑITO No... o... o... o.
MIGUEL ¡Gracias a Dios...! Si hubieras hecho caso a tu padre... te hubieras ahorrado el vapuleo y yo el disgusto...
PEPE Mucho mejor es fabricar papas fritas, tonto...

ESCENA XI

Los mismos, PIMENTEL, SALTAMONTES, después AMERICANO y RAMON

PIMENTEL (*Con la cabeza vendada y sin sombrero, sale discutiendo con Saltamontes.*) Te digo que te calles, y se acabó..., conmigo no esperes salir más al redondel.

SALTA. Y por qué engañan...

PIMENTEL Imbécil... (*Ramón traje de calle y Americano que entra con un ojo tapado; ha perdido una zapatilla y lleva dos agujeros en la parte posterior de la taleguilla, por los cuales sale la camisa ensangrentada.*)

AMERI. Le digo y le repito que la culpa fué de usted y sólo de usted, por no cumplir mis mandatos.

PEPE Los maestros...

MIGUEL ¡El Cupay!, me lo comía crudo.

RAMON Hice más, mucho más de lo que debía...

ALBERTO (*Contento.*) Amigo Ramón. (*Le abraza.*)

AMERI. ¡Cupay!, si lo que tenía que hacer era apuntar al morrillo de la fiera y sólo me ha hecho la planta el amigaso.

RAMON Al morro apunté...

AMERI. Macanudo, mi amigo sabe... si el morro no es el morrillo...

PEPE — Vaya un par de ventiladores, maestro. *(Ramón y Alberto se sientan en dos sillas cerca de la mesa y hablan quedo. Pimentel y Saltamontes siguen increpándose en la forma que a los dos artistas les parezca, mientras hablan Americano, Pepe y Miguel.)*

MIGUEL — Oiga, amigaso... Así cumple usted su palabra... Mire usted cómo han dejado a mi hijo...

AMERI. — Mi amigo sabe... mire, cómo me han puesto a mí y estoy tan conforme...

MIGUEL — Y a mí qué cupay me importa de usted... Usted me dijo que me respondía del chico.

AMERI. — Pero ¡cupay!, no está aquí...

MIGUEL — Sí, pero cómo...

AMERI. — Macanudo, comiendo churros, que va a reventar, amigaso.

PEPE — ¡Ha estado usted bien, maestro...! *(Dándole en la espalda.)*

AMERI. — Ay... Mal rayo te parta...

PEPE — Perdone, amigaso, no me acordaba de las banderillas... Suerte que no han sido de fuego... que si no...

MIGUEL — Oiga, americanucho... Agradezca que soy un carácter pacífico, que de lo contrario, le saltaba las muelas, para que no engañara a más tontos. Vamos, vamos a la habitación, hijo mío. *(Vanse segunda derecha.)*

AMERI. — Pues sí que la guaca del guacarnaco me faltaba, ¡cupay!

PIMENTEL — Verá usted, maestro y perdone... La culpa ha sido de usted por haberse metido en terreno del toro.

AMERI. — Macanudo, ché... ¿Oyès, Pepe...?

PEPE Bueno... ¿Se puede decir la verdad...?

SALTA. Pimentel lleva razón.

IMERI. ¡Cupay!, no va más... El amigo sabe... Habla de paporreta... Lo único que puede enseñarme, es de llevar bultos a la estación.

ALTA. Oye tú..., anda por otra...

IMENTEL Lo que es hoy te la cargas...

MERI. ¿Y cómo dice que le va dando lecciones el amigaso?

IMENTEL Yo no doy lecciones a nadie, pero repito que se ha metido usted en terreno del toro.

MERI. ¡Cupay!, y yo le digo que no...

MENTEL Y yo le repito que sí...

MERI. Mi amigo sabe... Creo tener fama de torero y bien ganada, ¡cupay!

MENTEL Acaba de ganársela... Lo que es la ovación, ha sido de las de no te menees...

IERI. *(Enfadándose.)* Porque aquí no entienden de toros. ¡Cupay! Esto es hablar de paporreta..., un coscacho qué importa..., no me sea coletudo el amigaso. La culpa fué del ganado, empacado y cominillo, pacuachí y poruñero. Yo toreaba antes de nacer y tengo cuerda más que usted que la perdió al dejar el oficio, ¡cupay! con el amigaso, sabe y no va más.

PE Adiós... ya salió aquello...

ENTEL Mejor es dejarlo que no regañar por tan poca cosa... Además que hoy ya le han echado bastantes hortalizas.

ERI. Macanudo..., y no tiraron también a Frascuelo y era Frascuelo...

ENTEL Es que lo de hoy eran apios, que es lo

más bochornoso... Mira que dejar tuerta a la pobre vaquita...

AMERI. ¡Y por qué movía la cabeza...!

PEPE Bueno, a otra cosa, que podrían estropearse dos eminencias y sería lástima.

AMERI. Que no me sea cocotudo, ¡cupay! con el amigaso..., querer dar lecciones a los maestros...

PEPE Lo que tiene usted que hacer es cuidarse la espalda, para volver pronto al ruedo, que tengo ganas de ver sus primores.

AMERI. *(A Pepe riendo.)* Oye, amigaso... ¿Has visto a Antoñito por la atmósfera...? Macanudo, ché, macanudo. Yo creí que había reventado.

PEPE Suerte del bombo..., pero, vaya, vaya usted a curarse...

SALTA. Pero si esto no es nada... dos insignificantes taladros...

AMERI. Qué despapucho... ¿Pero sabe el amigaso cómo estaban conformadas las banderillas...?

PIMENTEL Eran de a cuarta...

PEPE Pero se clavaron de primera, a ver, a ver, gran Americano...

AMERI. *(Receloso.)* Cupay... No juegues, Pepe...

PIMENTEL Anda, Saltamontes... Vamos a lavarnos...

SALTA. Vamos. *(Vanse segunda izquierda.)*

AMERI. Oye, amigaso: no te has fijado cuando tiré la montera, con qué entusiasmo una chulona me dijo ¡que salga su señora madre!

PEPE Pues en cuanto a tirar, sólo me fijé en aquel madero, que si le da le deja sin espalda.

AMERI. Pero qué madero ni qué espalda...

lo que me echaron fué un crío de veinte meses.

EPE Macanudo, ché. Vamos, vamos a ver las heridas, que soy buen practicante.

MERI. Andando. Si ya se sabe, si siempre no hago más que llegar y cortar escobas, ¡cupay! *(Salen foro derecha.)*

ESCENA XII

RAMON y ALBERTO

AMON Por fin se fueron.

LBERTO Nada, nada, el chisgarabís del Americano es quien le ha enredado todo cuando le contó a doña Antonia que Lola era la amante de usted, desde luego creyendo que usted era el verdadero Cartujano.

MON Claro, igual que la moña, que tratan de exhibir como pieza de convicción, que es la que nos llevamos de casa y el Americano la olvidó en casa de Lola.

BERTO Sí, si la cosa está clara... En la enfermedad se inician síntomas de alivio, pero sigue la gravedad del enfermo.

MON Sí, ya lo veo... Lo grave es que se hayan avistado con Paulina... y luego la corrida de mañana... que yo no toreo de ninguna forma... Ay, amigo Alberto, si supiera cuánto he sufrido en los mortales ins-

tantes en que el Americano, yo y el toro éramos un montón viviente rodando por la arena...

ALBERTO Pobre Ramón...

RAMON Y de Susana... ¿supo usted algo...?

ALBERTO No la he vuelto a ver.

JEFE *(Por el foro.)* Don Ramón..., una carta de don Indalecio, el de la Carne... *(Se la da y vase.)*

RAMON Tome, Alberto... entérese usted, no tengo valor para abrirla..., seguro será un nuevo disgusto.

ALBERTO *(Abriéndola.)* No se asuste, que hay dinero...

RAMON Más dinero...

ALBERTO No quiere dar la corrida de mañana y le manda dos mil pesetas para anular el contrato.

RAMON ¿Pero es posible...?

ALBERTO Aquí está... *(Le da carta y billetes.)*

RAMON Serán para los chicos de la cuadrilla.

ALBERTO Sí, que por lo visto han estado a la altura del maestro...

RAMON Ve usted, si no fuera la llegada de Paulina, ya podríamos cantar victoria.

ALBERTO El único recurso, sería ver a Paulina y saber lo que han hablado con las señoras.

RAMON No, eso no, yo con Paulina no cruzo ni palabra..., podrían enterarse ellas y resultaría peor el remedio que la enfermedad.

ALBERTO Pues iré yo, no se apure...

RAMON Bueno, lo que usted quiera... muerto por muerto...

ALBERTO Aguárdese aquí, que si logro regresar antes que su mamá política, aún podría

arreglarse todo. *(Vase Alberto, foro derecha.)*

RAMON ¡Que Dios le acompañe y Santa Rita le proteja...!

ESCENA XIII

RAMON, pronto Doña ANTONIA y MERCEDES, a poco PAULINA

RAMON Lo que peor me sabe, es naufragar a la vista del puerto; mi amigo tiene esperanza, porque pisa terreno firme y no está como yo, merced a las olas de la revolución interna y con el enemigo en casa... Tantas veces pensé capitular..., tantas veces salí bien del paso..., quién sabe... Ramoncito, Ramoncito, que aquí no estás seguro... Hay que evitar la vista de la familia... *(Al dirigirse foro izquierda, entran doña Antonia y Mercedes por la segunda izquierda.)* ¡Adiós..., ábrete, tierra...! *(Disimulando vuelve la espalda.)*

MERCEDES *(Abrazándole.)* Ramón, Ramón mío, perdóname...

RAMON *(Aparte.)* ¿Cómo? *(Alto.)* Yo no perdono a nadie.

MERCEDES Oye, maridito mío, por ahí cuentan la

mar de atrocidades. ¿Te ha ocurrido algo...?

RAMON — No te importa.

ANTONIA — Ni me atrevo a mirarlo... Bien podías avisar que había otro torero con el mismo apodo.

MERCEDES — Y tal, no hubieran sido pocos los disgustos que nos hubieras evitado.

RAMON — Hoy mismo lo he sabido yo.

ANTONIA — El culpable de todo es el postinero de Buenos Aires, que me dijo tenías una Lola..., pero ya nos ha dicho mientras le curaban la espalda, que creía que tú eras el otro Cartujano... que es realmente el amante de esa mujer.

RAMON — Lo ve usted...

ANTONIA — Ahora sí, pero antes no era posible dudarlo.

MERCEDES — Ya ves, yo misma, hasta que he leído la carta que el otro Cartujano escribe a su Lola desde Zaragoza, donde tuvo una cogida, no me he dado por convencida.

ANTONIA — Porque tú eres muy desconfiada. Mi corazón me decía que Ramón era inocente.

MERCEDES — Pues lo disimulabas mucho, mamá...

ANTONIA — No quería que concibieras esperanzas.

RAMON — Bueno, para que veáis que no soy rencoroso, quedáis absueltas... Pero dudar de mí... tú, mi mujer... y usted, mi mamá política...

MERCEDES — No ocurrirá más... te lo juro..., pero después de la corrida de mañana, a casita y se acabaron para siempre los toros.

AMON Está suspendida.

NTONIA ¡Qué lástima..., yo que quería verte torear...!

ERCEDES Mejor... Así mañana en el primer tren a casita... ¿verdad, maridito mío?

NTONIA Lo mejor sería cortarse la coleta en Madrid...

AMON ¿Otra vez?

ERCEDES Me opongo en absoluto. Se acabaron para siempre los toros. Mañana en llegando a casa, todo cuanto pueda recordarlos irá al trapero...

ITONIA Lo que queráis...

AMON *(Ademán de marcharse.)* Pues vámonos. *(Aparte.)* Antes de que venga Paulina. *(Paulina, foro izquierda.)* Adiós mi dinero..., todo al agua...

ULINA En el despacho me han dicho que ustedes deseaban verme... *(Aparte.)* El.

ITONIA No, no; en este momento, no...

ERCEDES Señora... Aprovecho la ocasión para presentarle a mi marido, modelo de casados, amante y fiel como ninguno...

TONIA Bien presentado... y que lo digas que no hay otro.

MON *(Aparte.)* Ahora se me viene la casa encima.

ULINA Lo celebro. Y a usted le felicito, por haber recobrado la confianza de su señora...

MON ¿Qué dice?

ULINA *(Aparte a Ramón.)* Es la loca. Sigue como si no nos conociéramos.

MON San Pedro... te mereces un báculo de oro.

RCEDES Ha sido una lamentable equivocación...

PAULINA Claro... calumnias de mala gente. *(A Ramón.)* No la contrariemos.

MERCEDES Perdóname y abrázame, Ramón. *(Ramón sólo inicia el abrazo.)*

PAULINA *(Aparte.)* No abuses, si no, loca y todo la estrangulo.

ESCENA XIV

Los mismos, JEFE DE COMEDOR, pronto ALBERTO, después toreros, PIMENTEL, SALTAMONTES, AMERICANO, PEPE Sr. MIGUEL, ANTOÑITO y camareros

JEFE ¿Se puede...?

RAMON Sí, adelante.

JEFE *(A Paulina.)* Su mamá dice que se entere de esta carta... *(Le da una carta.)*

PAULINA Con su permiso. *(Lee.)* *(Aparte.)* Dios mío..., pobres de nosotras... Alberto en esta fonda.

ANTONIA ¿Qué le ocurre, señora...?

PAULINA Nada, nada; que mamá se siente indispuesta.

RAMON *(Aparte.)* ¡Ay, si quiere llevarme!

ANTONIA Si en algo podemos serles útiles.

PAULINA Muchísimas gracias. *(Aparte.)* Qué compromiso.

MERCEDES Incondicionalmente.

PAULINA Mil gracias. Hasta luego.

RAMON Pasó la tormenta...

ALBERTO (*Foro derecha.*) (*Aparte.*) No encuentro a Paulina. (*Alto.*) Ya estoy de vuelta.

PAULINA Alberto.

ALBERTO (*Aparte.*) Me pescó.

MERCEDES Qué... ¿se conocían ustedes...?

ALBERTO Sí. (*Aparte a Paulina.*) Disimula.

PAULINA Ya lo creo... Es mi primo.

ALBERTO Sí, primos de segundo grado.

RAMON Y yo el tercero.

ALBERTO ¿Y qué tal, qué tal por tu casa?

PAULINA Bien... Mamá está abajo.

ALBERTO Si supieras cuánto me alegro, prima...

RAMON Lo que nos alegramos todos...

PAULINA Alberto..., tienes que hacerme un favor.

ALBERTO Lo que mandes...

PAULINA Que nos acompañes en el primer tren que salga para Barcelona. Mamá está indispuesta y...

RAMON Ya se la llevan.

ALBERTO Con mucho gusto.

ANTONIA Aguarden hasta mañana y les invito a pasar un día de campo en nuestra compañía.

RAMON (*Aparte.*) Vaya una ocurrencia... (*Alto.*) Claro, anímense...

PAULINA Son ustedes muy amables..., pero mamá está muy delicada... Crea que siento no poder aceptar...

ALBERTO Doña Antonia, hasta pronto... (*Pasando junto a Antonia.*)

ANTONIA (*Le da la mano.*) Adiós, Alberto.

PAULINA (*A Ramón. Bajo.*) Pasado mañana en Barcelona, donde siempre.

RAMON Sí. (*Aparte.*) La del humo.

PAULINA Señoras..., caballeros... Te espero con mamá, Alberto. (*Vase foro izquierda.*)

ALBERTO Mercedes.

MERCEDES (*Le da la mano.*) Que usted lo pase bien...

ALBERTO Si quieren algo para Madrid.

ANTONIA Qué decides, Ramón. Todavía estás a tiempo.

MERCEDES / RAMON { ¡Que no... o... o...!

ALBERTO ¡Ah..., es que todavía...!

ANTONIA No lo quieren..., peor para ellos... Déjelo usted, menos molestias.

ALBERTO Ramón... (*Le abraza. Van saliendo los toreros.*) No quiero engañarle, ésta no es mi prima... Es Susana.

RAMON ¡Ah, sí...! Bueno, hombre, bueno... me alegro mucho...

ALBERTO Felicidades. (*Vase foro izquierda.*)

TODOS (*Menos Ramón.*) Igualmente.

ANTONIA (*A Mercedes.*) Me huele a contrabando la tal primita...

MERCEDES Mamá, también... (*Ramón se queda pensativo y mientras hablan Pimentel, Americano y Saltamontes, Mercedes de puntillas se acerca a Ramón.*)

PIMENTEL (*Sale con Saltamontes segunda izquierda.*) Anda, Saltamontes...

AMERI. (*Saliendo foro derecha con Pepe.*) Mi amigo, sabe, ya estoy curado, ¡cupay!

SALTA. (*Recoge frutas y pan de la mesa.*) Me llevaré algo para luego.

MIGUEL A cenar, amigos.

PIMENTEL Oye tú, que te estás quedando solo...

SALTA. (*Sigue haciendo el paquete.*) Pimentel, la experiencia. Bien sé lo que hago.

MERCEDES Ramoncito mío, ¿en qué piensas...?

RAMON En que el hombre que tiene una esposa bella y cariñosa como tú y es capaz de

faltarle, no tiene ni perdón de Dios, ni de los hombres...

MERCEDES Deja eso... Nuestro cariño será eterno.

PEPE Señores..., cuando ustedes quieran...

RAMON En seguida... *(Las señoras se quitan los sombreros y en el interior la música toca un vals lento. Aparece foro derecha comisario de policía con cuatro guardias.)*

ESCENA ULTIMA

Los mismos, Comisario y Guardias

COMIS. De orden del señor Gobernador, toda la cuadrilla queda detenida. *(Pánico general.)*

AMERI. ¡Cupay...!, será preventivamente, amigaso.

COMIS. Sí, preventivamente a la cárcel.

SALTA. Pimentel... ¿qué te parece si no hago el paquete?

PIMENTEL Como siempre...

MIGUEL ¿Hasta mi hijo?

ANTOÑITO Papá, quiero ir a casa... *(Acercándosele.)*

AMERI. No va más... cupay... Después de la corrida, voy siempre a la cárcel, pero primero me dejan comer... Esto es hacer la jaita a uno.

ANTOÑITO Tengo miedo, papá. *(Acercándosele.)*

RAMON — Señor Comisario..., tenga la amabilidad de informarme del importe de la multa y se la abonaré inmediatamente.

COMIS. — Corriente..., voy a enterarme... Que se queden dos guardias... *(Vase y quedan dos guardias puerta foro.)*

RAMON — Señores, terminó el incidente. Ahora a cenar y para mañana quedan ustedes invitados a una gran fiesta que tendrá lugar en casa y en la cual mi querida mujercita cortará la coleta al Cartujano. *(Se abrazan.)*

MIGUEL — ¡Macanudo, ché!

ANTONIA — ¿Y qué dice el amigaso?

AMERI. — Pues digo... que viva el maestro. ¡Cupay!

TODOS — ¡Viva! *(Se sientan mientras cae el telón.)*

FIN DE LA COMEDIA